# EL LIBRO DE LOS APOLOGOS

LUIS LOPEZ DE MESA

1918

# EL LIBRO

# DE LOS APOLOGOS

LUIS LOPEZ DE MESA

★

# EL LIBRO DE LOS APOLOGOS

POR LUIS LOPEZ DE MESA

PRIMER VOLUMEN
DE LA BIBLIOTECA
DE «CULTURA»

BOGOTA - MCMXVIII
CASA EDITORIAL DE ARBOLEDA & VALENCIA

G 864.
L 864 Li
1918

A MIS COMPAÑEROS
EN LA REDACCION DE «CULTURA»

Agustín Nieto Caballero.
Alberto Aparicio,
Alberto Coradine,
Alfonso Paláu,
Carlos Arturo Torres Pinzón,
Ciro Molina Garcés,
Gustavo Santos,
Manuel A. Carvajal,
Melitón Escobar Larrazábal,
Miguel Santiago Valencia,
Rafael Escallón,
Raimundo Rivas.

De vosotros hube la ilusión de que estas páginas hallarían general benevolencia, y a vosotros las dedico para que lleven por el mundo el patrocinio de una amistad que conforta mi espíritu y lo estimula al bién.

Y a vosotros que en mi patria lucháis por el idealismo tan gallarda y tan generosa y tenazmente, asimismo las ofrezco como un tributo que me honra.

LUIS EDUARDO

# EL SENDERO
# DE LA SABIDURIA

HAY un hondo problema que necesita resolver el espíritu humano en la interpretación —no de los misterios de la naturaleza— sino del arcano de la naturaleza, de la síntesis de todos los misterios, por decirlo así. Y a este problema corresponde la lacónica interrogación de cuál es el sendero de la sabiduría.

Ciencia y sabiduría no son términos unívocos. Ni siquiera corresponden dentro de la mente al ejercicio de una misma facultad. Conocemos hombres profundamente versados en uno o varios ramos de la ciencia que son como niños aún respecto de los problemas fundamentales del mundo. La ciencia dice relación a la mayor cantidad posible de pormenores respecto de una cosa en sí, mientras que la sabiduría busca la verdadera relación de esta cosa con nuestra propia conciencia y los restantes seres del mundo. La una tiende al análisis, la otra a la síntesis; la una investiga, la otra encadena y armoniza. Ante un sér vivo la ciencia anota cuantas formas y funciones le dio la vida, mientras que la sabiduría trata de ver su modalidad de vida con relación a la vida universal.

Análisis y síntesis respecto del objeto; discernimiento y asociación respecto del sujeto son las diferencias fundamentales quizá. La ciencia toma una planta y halla el movimiento intracelular aprisionado por la membrana exterior, y sigue su proceso analítico hasta hallar la fórmula química de la celulosa de esa membrana; sigue el análisis de la molécula química, estudia los coloides, investiga las diastasas, va hasta la hipótesis de los yones y entra en los campos de la electricidad. La sabiduría se eleva desde este conocimiento, y asociando datos formula la ley de que la vida es una misma a través de todos los seres, diferenciada sólo por accidentes como la formación de una membrana inextensible; sorprende la similitud de las funciones bioquímicas, la periodicidad de las funciones de los cuerpos simples, la periodicidad de la vida, la periodicidad de los pueblos, la rotación del mundo; y elevándose más aún hacia una concatenación de ciclos propone la concepción del universo como modalidades periódicas de una energía que actúa por degradaciones y concentraciones



sucesivas y parciales que dan lugar a la individualización de los varios sistemas del mundo, y se diferencia según la potencialidad de cada porción, dando así lugar al espacio y al tiempo, fórmulas subjetivas de aquellas relaciones.

Desde este punto de vista, como era lógico presuponerlo, ciencia y sabiduría se complementan. Pero cuán distanciadas aparecen en el desarrollo de cada una de estas orientaciones del espíritu humano. La vocación científica y el hábito de investigar conducen la mente a más y más reducidos campos de observación. Es como la vista que sola alcanza amplios y lejanos horizontes, ayudada de un anteojo se reduce a un pequeño circuito, conducida a través del microscopio apenas abarca fracciones de milímetro cuadrado. Y el que ha mirado a través del microscopio alguna vez sabe cómo absorben estas investigaciones: horas enteras sorprendiendo la pestaña sutil de una bacteria, la aparición de un cristal, la misteriosa estructura de los coloides. El mundo circundante desaparece, el espacio infinito se ve remoto allá dentro del

funcionamiento mental, y solo, palpipante de interés, actual y emocionante, el ir y venir de la bacteria diminuta o de las fasetas del cristal.

Distinto sendero tomó la sabiduría antigua. Cualquier rapazuelo bachiller de hoy maravillaría a Laocio o a Platón, pero la mente genial de los antiguos vio en el mundo misteriosas relaciones que nos abisman todavía. Es ésta una diferencia capital entre la educación antigua filosófica y la moderna científica ilustración. Llenos de ingenuas concepciones respecto de los fenómenos, tan ingenuas que nos hacen sonreír, tienen no obstante los antiguos frases referentes al mundo y al espíritu, que son como relámpagos en las sombras del arcano universal. ¡Misteriosas compensaciones de la vida que dota a los peces habitantes de los abismos del mar de privilegiada y protectora fosforescencia! Uno de esos hombres geniales de la antigua civilización se paraba en un pórtico o se metía entre un tonel y con los ojos fijos en la rotación de la vida arrancaba al misterio chispazos de sabiduría, como si sus pupilas quietas fueran agujas de acero que se imantaran



en la meditación de los arcanos. Tal así en las leyendas maravillosas de la India encontramos el relato de aquel asceta que oró tánto y tánto meditó, fijos sus ojos de faquir en el inmenso azul, que temerosa la divinidad de ser desposeída descendió a suplicarle que desviara el pensamiento.

En los tiempos modernos hallamos aún en algunos casos maravillosos ejemplares de esta capacidad vidente. Los pueblos del norte de Europa, Rusia y Escandinavia, sobre todo, llegan al fondo del alma y del paisaje con una precisión que nos maravilla y enloquece de entusiasmo; análisis del espíritu humano, descripciones de la naturaleza, que mejor que copiadas parecen una realidad que brotase a nuestros ojos, como si la consciencia de los seres se tornara luminosa y visible, y la naturaleza misma palpitase de pronto ante una evocación mágica. Literatura evocadora por excelencia que parece ser la dote privilegiada de la juventud de los pueblos, que hoy brilla con Ibsen y Tolstoy, como brilló ayer con Shakespeare y Calderón de la Barca.

Y es necesario unir la literatura con la filosofía al estudiar estas materias, porque ambas a su modo tratan del espíritu y de la naturaleza, y entre una y otra las distinciones serían escolásticas, diferenciaciones para la claridad de los textos. Filósofo es el poeta genial, e inmensa dosis de poesía hay en toda concepción filosófica del mundo. Y está bien que así sea. Quizá las relaciones más reales y fecundas de la naturaleza vienen a nuestro yo inconsciente; y de ese yo misterioso, de ese microcosmos, surge la poesía como surgen también las maravillosas asociaciones que conmueven al espíritu que contempla el universo con mirada investigadora.

La visión del alma popular tiene mucho de estas maravillosas capacidades. En mi memoria hay relatos de esa literatura oral ingenua que pasa de generación a generación en el bajo pueblo, como un sedativo de sus ocultos ideales venido quién sabe de dónde, que no cambiaría ciertamente por muchos libros de literatura contemporánea. Soy incapaz de reproducirlos con su castizo aroma de inefable sencillez, pero intentaré mostrar uno siquiera como ejemplo.



. . . . Erase un rey que tenía una hija muy hermosa. Todos los príncipes y señores de la comarca se disputaban su mano, ansiosos de casarse con ella. Pero el rey, su señor, la guardó de la vista de los hombres porque no hallaba nada digno de su belleza y su virtud. En el palacio recluida miraba a los campos cubiertos de jardines e iluminados por el sol y sentía mucha tristeza en el ánimo y deseos de ser amada. Un día se dijo para sí; he de irme por el mundo y amar con mucho amor al primero que me encuentre aunque sea el mismo Satanás. Y aprovechando una ausencia de su padre y señor fuese por el mundo. No había andado mucho trecho todavía, cuando vio un caballero muy galante que le ofreció amarla. Y este caballero no era otro que el mismo Satanás, pero ella se dio a él según había prometido. Y entonces sintió un hijo en sus entrañas y se fue de pueblo en pueblo y de comarca en comarca sin amparo ninguno. Y anduvo también mucho tiempo errando por las selvas sola y muy triste, hasta que años después nació su hijo que trajo grabadas estas palabras en la espalda:

Hijo del Diablo. Y por esto mismo cuando creció no podía juntarse con los otros niños, pues apenas descubrían su letrero fatal le befaban y dejaban solo. Anduvo con su madre de uno a otro lugar hasta regresar a las selvas donde ella murió y él se halló abandonado de toda ayuda y protección. Mas un día se llegó a él un anciano caminante mientras tomaba el último bocado de alimento que tenía, y el anciano le pidió pan y él le dio el último bocado de pan que le quedaba. Entonces el anciano, que era Dios, le dijo: ánda por el mundo que en toda dificultad yo te asistiré.

Y fuese por el mundo hasta que llegó a una comarca donde vivía un rey muy extraño que tenía una hija de imponderable belleza. Y ocurrió que este rey no quería que su hija se casara, y para evitarlo puso por condición y precio de su mano el que le segaran en tres días todos sus campos de trigo. Y no había hombre capaz de segar en tres días todos los campos de trigo del rey. Pero el hijo del diablo invocó al anciano caminante, que era Dios, y el anciano vino a él y



segó por él todos los campos en tres días. Por lo cual el rey muy complacido le dio la mano de su hija en premio y galardón. Hubo días de mucha fiesta, y todos estuvieron felices. Y a la tercera noche el hijo del diablo se fue a sus aposentos privados a esperar a su esposa para ser casados, y todos estaban muy contentos de que lo fuera, porque bien lo había merecido. Más hé aquí que cuando llegó su esposa a hacerlo completamente feliz, encontró que estaba muerto, y viéndolo vio que tenía un letrero en la espalda que decía: Hijo de Dios.

¿Cuántos símbolos encontráis en este Apólogo? La madre del Hijo del Diablo, ¿no es acaso aquella misma Io de las leyendas griegas, abuela de Hércules, hijo de Dios? ¿No es la caridad de Cristo la que palpita en la anécdota del caminante, uniendo así la mente popular el Evangelio con Hesíodo? ¿Y no encontráis un símbolo de la redención por el trabajo en esa conquista del reino? ¿Y no es un símbolo también del eterno imperio del amor la fuga de la princesa? ¿Y un símbolo de la instabilidad de la dicha esa muerte incomparablemente fatal?

Y estad seguros de que os he engañado. Yo no podría reproducir ese sabor oriental del apólogo como lo oí una vez en boca del pueblo. Yo de mí sé deciros que sentía al escucharlo la misma emoción que cuando niño experimenté en la lectura de Las mil y una noches, que cuando más tarde leí el Rey Lear de Shakespeare y Los guerreros de Helgeland de Ibsen. . . . Toda esa literatura que arraiga en la madre tierra y brota a través del alma humana conmovida por las emociones fundamentales de nuestro sér: cuentos de Selma Lagerlöf, cuentos de Maupassant, cuentos prodigiosos de Clarín, cuentos de la Europa del norte, cuentos de Oriente, que en distintas modulaciones, ya pasionales, místicas o filosóficas, se elevan como un incienso simbólico de la hoguera interior.

Aun nosotros mismos nos llegamos a veces a este rico venero de inspiración. Que lo digan si no algunos cantos de Isaacs y su misma novela inmortal; la miniatura excelsa que Francisco de P. Rendón escribió con el título de «Sol»; «Madre», con que Samuel Velásquez se superó a si mismo en una



maravillosa realización; evocaciones palpitantes de Eustasio Rivera; endechas melodiosas y profundas de Ricardo Nieto y Carlos Villafañe. . . . Y muchas más que sería prolijo citar en un ejemplo. Quiénes hay que aun buscando en otros campos su inspiración, trazan de vez en cuando pinceladas geniales de esta comunión directa con el alma universal, con el alma de las cosas: Silva fue, sobre todo, un genial evocador de emociones en las que Eros, con un vago ritmo de muerte, pasa anhelante entre sedas y perfumes: un Eros que se retuerce atormentado y en su insatisfacción golpea los misterios de la vida y ronda por los jardines de la naturaleza, fervoroso y meditabundo a la vez como un cantor morisco de Córdoba o Granada. Las creaciones de Guillermo Valencia pertenecen a cualquier tiempo y lugar, y la factura parnasiana de sus estrofas busca más bien el sentimiento de la belleza ideal, pero a veces también se iluminan con aquel fondo arcano de lo subconsciente donde palpitan en nosotros las corrientes de la emoción somática, de aquel mundo interior que según

la ciencia moderna, al decir de Abraham, creó los mitos de las razas y engendra los sueños de la adolescencia. Y es que todos más o menos pagamos tributo a esta evocación sencilla de la naturaleza y del espíritu según la manera antigua, emocionante y reveladora.

Nada de esto, sin embargo, significa una intención de criticar, es decir, de justipreciar la producción literaria de Colombia. Ello no provoca mis gustos ni está en mis capacidades. La crítica descubre todos los días más problemas que debe resolver y que nos hacen desmayar de la posesión de su augusta virtud. Al medio ambiente cuya consideración pedía Taine con tánto brío y bellas expresiones hay que añadir el medio interior, el factor época espiritual, individual y racial. El individuo pasa por etapas literarias definidas que parecen reproducir las mismas etapas de la humanidad, algo a la manera de la supuesta correlación ontogenética y filogenética que comentan los biólogos: el cuento de nodriza del niño, el lirismo y romanticismo del adolescente, el realismo de la juventud media, el criticismo y la producción tendenciosa de las edades maduras, etc., reproducen, «grosso modo», las etapas de la literatura en cada nación. Por eso aquellas producciones ingenuas de un lirismo pueril conservan siempre su público, compuesto de nosotros mismos al llegar a cierta edad, y aquellas otras crueles, o más enfermas de sensualidad, también; y así sucesivamente hasta la seriedad, finalidad y comedimiento que nos parecen al fin las mejores, talvez por el despotismo que ejerce la madurez sobre las otras etapas del espíritu.



Y hay algo más según se me alcanza en la evolución literaria y filosófica de los pueblos y de los individuos. Paréceme que el individuo humano vive apenas lo suficiente para ejercer las dos supremas funciones de continuar la especie e interpretar el mundo y la vida según sus capacidades y su medio ambiente, y que a los pueblos ocurre otro tanto: una vigorosa nacionalidad dura lo indispensable para dejarnos su interpretación del mundo y de la vida según su genialidad, y para iluminar aquellos puntos a

que su índole espiritual la conduce. La estética y filosofía griegas, la moral y la jurisprudencia romanas, la mística del indo, la mística y la sensualidad del israelita, verbigracia. De esta manera podemos pronosticar sin esfuerzo alguno que los pueblos eslavos y nórdicos de Europa, y los pueblos latinos de este hemisferio occidental desempeñarán en el futuro, si fraccionamientos o absorciones extrañas no lo perturban, una etapa de producción filosófica prodigiosamente intuitiva. Pues esta éra de industrialismo no seguirá un progreso indefinido, sino que dejará su campo a otra modalidad de evolución, probablemente psíquica, en la cual los mencionados pueblos descollarán a su vez con las misteriosas capacidades que fermentan en su seno.

Pero el mundo espiritual aún no parece haber regresado a ese período de las síntesis que informó la sabiduría oriental. Aún necesitamos de largos años de discernimiento, de investigación prolija que nos dé los fundamentos científicos para una nueva concepción del mundo. Hace tan poco que iniciámos la tarea analítica que no es tiempo todavía de que se renueven las disposiciones del espíritu.



Después de este período de análisis el ciclo humano podrá cerrarse con prodigiosos recursos donde lo abrieron hace más de cuarenta siglos los sabios del Egipto y de Caldea. Volveremos a interrogar a la naturaleza en busca de su arcano. Serán muy bellos esos días. Porque esta vida ordenada y confortable de la civilización contemporánea nos aplebeya un poco. Rabindranath Tagore acaba de decir a los pueblos del Oriente en su visita al Japón, que esta agitación, este afán de la técnica y del comercio nos ocultan la verdadera vida espiritual. «Todo esto hace al verdadero hombre invisible para sí mismo y para los demás». «Mientras los medios de comunicación se multiplican rápidamente, la comunicación consigo mismo va disminuyendo en su estricta realidad». Es el grito de toda una raza y de toda una época, la raza oriental y el mundo antiguo, el que brota por los labios del magnífico poeta.

Ese también mi anhelo allá humildemente

esbozado en el fondo de mi alma. Pero ni el tiempo ha llegado aún, ni está pronta todavía la raza que ha de realizar nuevos valores filosóficos. Porque lo cierto es que todavía vivimos dentro de los veinte siglos de preceptos de que se quejó Taine. Quién pudiera decir o siquiera escuchar otra nueva verdad fundamental; mas cualquiera que sea nuestro infortunio, lo cierto es que el grito que reclama la introspección fecunda y la apacible contemplación del Universo, marca el sendero de la sabiduria.

# APOLOGO DEL RECUERDO

## I

AUNQUE mi abuelita tenía ya sus cabellos níveamente blancos, sus ojos eran de un limpio azul cuando la conocí. Triste fue su vida: de la lejana Albión llegó a nuestras montañas niña aún, y nunca más vio a los suyos, ni de nuevo pudo mirar las represadas ondas del Támesis. El amor quizá mitigó las inquietudes de su alma, pero ello es sin embargo que a menudo se recogía en nostálgica meditación.

Un día a su lado jugaba yo mis juegos infantiles, más porque ella me viese quizá que por jugar. Pero la dulce viejecita permanecía quieta y muda en prolongada meditación. Mi vanidad infantil se ofendió, y con mucha pena en la voz le dije: mamá, ¿por qué no me atiendes? Y ella volviendo en sí de lejanos pensamientos sonrió con los ojos nublados de lágrimas. —Hijo, respondióme, estaba en otro mundo.... —¿Y dónde está ese otro mundo?— Le pregunté desconcertado. Y ella señalando a su pecho con la manecita enjuta y blanca me contestó para siempre: aquí en lo interior.

Futuro amigo mío: a los arcanos de nuestro sér van llegando los sucesos de la vida en ciclo que misteriosamente se repite y a

un mismo tiempo se renueva. El mundo exterior va palideciendo mientras un mundo interior se ilumina más y más y se dilata. Es una mutación arcana que verifica la vida del hombre. Para mí equivale a la Eternidad esta espiritualización del universo. Y si no, hormiga de lo infinito, ¿a dónde lleva nuestra psiquis este mundo interior?

Piénsa en mí si hallas otra solución, futuro amigo mío.

# APOLOGO
# DE LAS MULTITUDES

II

LA naturaleza un instante adormecida bajo el sol meridiano fue recobrando poco a poco su agitación. Pero en el tinte azulado de las lejanas cordilleras y en el vaivén de todos los seres vivientes había un dejo de lasitud y apagamiento. Se iniciaba la caída de la tarde y el pensador solitario consultó su hora y adivinó su destino. Tengo algo que decir a los hombres, pensó, y descendiendo a la ciudad hizo reunir a la muchedumbre para significarle:

Si queréis hallar los caminos de la verdad suprema debéis hacer el sacrificio constante de muchas cosas adjetivas de vuestra existencia, exaltar prodigiosamente el mundo interior, y nunca alejar de vuestros ojos la misteriosa conexión que hay entre la naturaleza y nuestro humilde sér. Sólo así....

—Basta: no queremos filosofías, gritó la muchedumbre. ¡No nos diviertes!

—Estáis en lo justo, respondió el Pensador. El Arte sorprende la verdad en los pliegues de una emoción: para interpretar la razón más íntima de la belleza del mundo debéis analizar hondamente el significado de la armonía. La belleza es sólo armonía. Pero tántas son las maneras de esta armonía, a

veces recóndita, dinámica e invisible a veces....

La muchedumbre airada le interrumpió de nuevo: —Nos estás trastornando el seso, lunático insufrible. ¡No nos diviertes!

—Es verdad: dejadme, pues, que os diga que del fondo mismo de nuestra personalidad podemos educir cuanto es ambicionable en el mundo, fe, esperanza y compensación. Que de nosotros emana....

El Apóstol no pudo continuar: enfurecida la muchedumbre le arrojo lejos de si con vilipendio y dolor.

De nuevo en la soledad de su amiga naturaleza comprendió tardíamemte el Pensador que los hombres no reciben sino verdades apetecidas; que es necesario crear primero el apetito de la verdad para predicarla después con benéfico resultado. Luégo, meditando en sí mismo, vio con apacible dolor que había cometido la última necedad de su vida; y mientras la sombra emergía lentamente de los valles, miró al poniente escasamente iluminado ya, descifró el significado del azul infinito como el símbolo de todos los misterios,



vio en la luz que lo penetra el símil de la ciencia humana, y en la paz augusta de sus queridas verdades murió serenamente.

Algún tiempo más tarde la muchedumbre presintió el significado de sus palabras y yendo hasta su tumba simbolizó en innumerables quimeras la sencilla verdad que no le permitió decir.

# APOLOGO DE LOS TRES REINOS QUE HEREDARON LOS HOMBRES

III

EN el decurso de las edades vivió una princesa de misterioso origen. Colocado en una llanura dilatada el alcázar de su hogar simulaba una surgente de la tierra misma, y nadie pudo adivinar de ella de dónde vino ni siquiera cuándo apareció.

Rodeada de sus hijos imponía en torno de su sér misteriosas cavilaciones por lo bella y poderosa y por lo sabia. Ellos, ya crecidos, la interrogaron una vez diciéndole:

—Los tres, ¡oh madre! conocemos tu augusta majestad, mas hé aquí que nuestra pobre imaginación no acaba de tejer suposiciones respecto de tu origen y de tu fin y de la esencia misma de tu sér; y hemos venido a ti en busca de una explicación.

Largo espacio de tiempo se quedó mirándolos, y luégo con apagado acento de ternura replicóles:

—Vosotros mismos debéis interpretarme. De vosotros el mayor dominará esta llanura hasta los confines del espacio, y descifrará el misterio de mi origen. El segundo de vosotros dominará el tiempo, escudriñará el abismo de las edades, y hallará mi fin. El tercero de vosotros poseerá el reino interior, donde verá el por qué de mi origen y mi fin.

Los tres hijos abrazaron silenciosamente a su madre y se marcharon luégo.

Hacia los confines del espacio fuese el mayor de ellos. Sus pasos presurosos recorrieron tierra y más tierra, inmensas praderas y bosques milenarios, sin fatiga ni desmayo. El sol de los mediodías estivales doró muchas veces las espigas de los prados y perfumó la tierra con el suave aroma de la enhiesta vegetación. A la riba de los arroyos percibió el hálito tibio de los vientos lejanos, mensajeros de apartadas regiones; y sus ojos altivos se fijaron siempre en el pálido azul del horizonte.

El segundo recorrió el tiempo. Vio a través de su espíritu dilatado las primeras edades y las edades del medio y el fin de las edades. En una hora recorrió siglos y en un día centenares de siglos.

El tercero se quedó meditando.

Un día los juntó de nuevo el acaso. Envejecidos y melancólicos se abrazaron en silencio. El conquistador del espacio habló así: En el confín del horizonte hallé sólo un erial. Más allá, fuéra de la tierra, bajo un poniente que iluminaba la policromía de la luz vesperal, vi una ribera misteriosa de que me separó el vacío: Vengo a consultar a mi madre.



El conquistador del tiempo refirió: en el comienzo de las edades y en el final de las edades he visto siempre el dominio de la igualdad monótona. En la conquista del tiempo sólo pude ver que cada etapa se esfumaba en el olvido al engendrar otra etapa.

El tercero, el conquistador de su alma, guardó silencio.

Fuéronse entonces en busca de la princesa, mas hé aquí que cuando llegaron al palacio vieron estupefactos que su madre había desaparecido ya.

Entonces dijo el tercero, el meditabundo:

—Nuestra madre creó la ilusión del espacio y del tiempo que habéis matado vosotros. Nosotros somos el comienzo y el fin. Nosotros somos nuestra madre, el espacio y el tiempo.

# APOLOGO DE LA VIDA ARMONICA RACIONAL

IV

MÁS allá de los umbrales de la muerte se encontraron una vez las sombras del viejo Sakia Muni y de Lorenzo el Magnífico. Y como aquél reclamase para sí el honor de pasar adelante, el de Médices lo miró de hito en hito con la sonrisa benévola de quien muchas veces dominó a los hombres y recibió caricias de mujer.

—Te dejaría pasar, le replicó, si tu demanda no presupusiera mayor categoría.

—Soy en verdad mayor que tú, y viví más noblemente, insistió Gotama.

—En este reino no hay espacio y el tiempo se dilata en un presente sin sucesiones, que a no ser así ya verías quién es mayor. Vé, no obstante, si te place, y elige un árbitro de tus méritos que sepa también del mio.

Y el viejo Gotama volvió a poco precedido de la sombra de Salomón para que dirimiera su pleito.

—Es señor, dijo el monje de la India, que se me niega la precedencia a mí que nacido en la nobleza, abandoné mis tres palacios, mi esposa joven y mi hijo por la santa meditación. A mí que, al pie de la higuera del Neranjara, gocé de la suprema iluminación y comprendí mejor que ningún mortal

la insuperable desilusión de la vida humana en el amor y en las riquezas, en los sentidos y en la mente, y rendí a los ochenta años mi espíritu depurado de toda ambición y falsedad. Que dejé enjutar mi cuerpo a los ardores del sol del trópico y lo lastimé con hambre y con fatigas en el bosque de Jetavana y a las orillas del Ganges sacrosanto. A mí a quien no rindió mujer y para quien este manto raído de amarillez simbólica bastó siempre.

El Rey semita sonrió bajo los rizos de su barba babilónica, y vuelto hacia el arrogante florentino inquirió con los ojos su demanda.

—¿No me conoces, pues? dijo aquél entonces. Soy de tu especie: la estría jónica modeló las columnas de mis palacios, canté a la juventud himno audaz, estudié la sabiduría antigua y amé la religión y el arte. Y cuando la fiebre del amor resecó mis labios los toqué imperturbable con viejos vinos de Toscana y Chipre.

—Bien está, dijo Salomón: Tú, florentino audaz, que comprendiste la vida como un armonioso conjunto y la ensalzaste en la religión y en la sabiduría, en el amor y el arte, pása primero. Y tú, Gotama, obstinado en el recodo de una idea, pues que despreciaste la belleza del mundo y la alegría del alma, sufrirás muy poco por marchar después!....

# APOLOGO
# DE LA PERFECCION

V

ANTE el espíritu del gran Marco Aurelio se presentaron una vez las sombras de Buda, de Jesús, de Aristóteles y de Miguel Angel para que dirimiese a su manera sabia y justa cuál de ellos había trazado derrotero mejor a la perfección humana. Conocéis nuestras vidas, le dijeron, y la obra nuestra se dilata como una semilla fértil en el alma de las generaciones vivas: ¿Queréis decirnos cuál de los senderos que trazámos al espíritu humano lo enaltece más, y más de cerca tocó la perfección ideal?

—Glorias de ese espíritu humano, contestóles el gran Marco Aurelio: cuatro sentimientos como cuatro columnas gigantescas integran la vida ideal del hombre: la religión, la moral, la lógica y el arte, que justamente representáis vosotros. El contestar vuestra pregunta sería resolver cuál de esos sentimientos es más noble y útil, y hasta dónde en el camino de su perfección llegó vuestra obra. Vosotros confesasteis en el mundo, y en vuestra sensatez está evidente todavía, que la perfección de vuestras obras distaba infinitamente aún de la perfección ideal que soñó vuestra mente, y en el apacible mundo donde estamos hoy ninguna tentación vani-

dosa os podría dar el que permanezcan aún insuperables.

Y los cuatro conductores del espíritu humano tocados en lo íntimo de sus conciencias exclamaron a un mismo tiempo: es verdad que nos faltó mucho para alcanzar la perfección soñada. Pero cada uno de nosotros insiste en que su obra fue, como tú dices, más noble y útil al espíritu humano.

—Noble y útil. . . . Continuó Marco Aurelio. Oh Buda, si los hombres hubieran seguido el evangelio de meditación ascética y de castidad que recomendaste a Ananda tu discípulo predilecto, a la segunda generación habrían desaparecido del haz de la tierra, y donde se te alzan templos de prodigiosa magnificencia se pasearían las fieras del bosque. Y si entendiste que tu envanglio no era para ser cumplido por todos los hombres, entonces no realizaste un ideal unívoco, y la perfección nada tiene que ver con tu obra.

—Así es verdad, exclamaron los otros.

—Y tu obra, oh Jesús, tu anhelo de moral perfecta, entraña la renunciación de toda lucha y el vivir como los lirios del campo,



que envidiaría Salomón. Tu evangelio ordenó a tus discípulos ir en el mundo sin afán por el día de mañana, sin provisión de alimento ni vestidos, como las aves del campo. Pues bien, si los hombres te hubiesen escuchado, todos los hombres, la industria y el arte habrían desaparecido también de la haz de la tierra: San Pedro y el Vaticano no te rendirían justo homenaje hoy. Y si el reino de los humildes llegara, ¿dónde quedarían la sabiduría y la riqueza, madres de la ciencia fecunda y del arte? Y si todos no podían pertenecer al reino de los humildes, entonces no realizaste un ideal unívoco, y la perfección nada tiene que ver con tu obra.

—Así es verdad, exclamaron los otros.

—Y tú, oh Aristóteles, que pareces más cierto de tu obra, yo te pregunto: sin las efusiones del arte, ni la elación mística, ni la belleza moral, ¿qué puede hacer el hombre con tus categorías?

—Y tú, prodigioso Miguel Angel, que pasaste por la vida idealizando los sueños más hermosos del corazón humano, ¿no comprendiste acaso que bajo de tu nivel, otros dis-

frutaron de más cerca las atracciones de Victoria Colonna, y las uvas jugosas del Arno?

Pero entonces exclamaron los cuatro, ¿dónde está la perfección, oh Marco Aurelio?

La perfección. . . . tiene que satisfacer todas las modalidades posibles. Es dentro de la naturaleza armonía universal, y es dentro del espíritu adecuación con el destino que nos cupo en suerte. Armonía y adecuación se subentienden mutuamente. Vuestras cuatro virtudes en armónica tendencia dotarían a un hombre de la capacidad de entrever la perfección, mas no aun de realizarla. Ella, como la unidad, es función de lo infinito; como la unidad, la aplicamos a cada cosa, pudiéndola aplicar a cada conjunto de cosas; y sólo pudiéndola aplicar a la armonía de las infinitas relaciones. De ahí que tomada aisladamente sea sólo relativa como la unidad también. Vosotras sombras, que sois en la vida humana símbolos de hondas tendencias, podríais enseñar a los hombres que la perfección suprema les es inasequible, pero que de ella pueden participar adecuando su persona a sus destinos dentro de las relatividades del espacio y del tiempo.

# APOLOGO DE LA ILUSION Y DEL ENSUEÑO

## VI

A ORILLAS del Yaxartes y del Oxus y en la dilatada meseta del Irán vivió sus primeros siglos la cepa racial de los grandes pueblos que enriquecieron al mundo con su civilización y sus leyendas: los indios y pelasgos soñadores, los germanos guerreros, los futuros artistas de la Galia y otros más, fundadores de epónimas nacionalidades. Y tal parece que esta cepa privilegiada antes de apoderarse del mundo quiso apoderarse del espíritu y soñó desde entonces para siempre los mejores sueños de la humanidad.

De sus múltiples ramas fueron los persas talvez los que más puro conservaron el símbolo ario de la Divinidad, así como de otros emblemas de su raza. Pues bien, una de sus tradiciones cuenta que en el comienzo de los siglos vivía feliz la humanidad bajo la egida providente de Ahuramazda, el buen Dios de la vida y de la luz. Consciente y pura gozaba del bién inefable de existir y de entender, y gozaba, otro sí, de la perfecta amistad de Dios y del amor de todas sus criaturas; sin sombras que enlutaran el mundo ni dolor en la conciencia vivía la humanidad una indeficiente primavera de bienestar y de amor.

Mas hé aquí que Ahrimán celoso y cruel acercóse a la criatura humana y extendiendo por el mundo la noche y el dolor deshizo en un instante toda su felicidad. Y como embriagado por su obra misma de destrucciones arrojó sobre los seres vivos la maldición irreparable de la senectud, de la enfermedad y de la muerte.

Cuando llegó de nuevo el buen Ahuramazda llenóse su alma de infinita desolación: de aquel mundo en primavera y de aquel espíritu humano en perenne aurora quedaban sólo ya tristes sucesiones de sombras y dolor. Y el sér humano decaído y enfermo, atediado por todos los infortunios y la muerte, invocó al buen Ahuramazda en busca de la disolución final que calmara para siempre su angustia infinita de vivir.

Y el buen Dios de la vida y de la luz herido en la bondad de su obra predilecta reconcentróse por un instante en su sabiduría infinita, y tomando al hombre de la mano, le habló así: «Ahrimán quiso destruir la perfección de mis criaturas: su obra fatal está hecha ya. Mas lleno tu corazón desde



ahora para siempre de insaciables ilusiones para que combatas el infortunio y las sombras que te asedien; y pueblo desde ahora tu mente de tan gratos ensueños que en ellos puedas vivir lo que te falte, que en ellos suplas el bién querido que la muerte te ha de arrebatar. Y todos cuantos males te acaezcan acaben ahí en el ensueño de tus noches, y en las ilusiones de tu despierta imaginación: Vé con ellos y vuélve a ser feliz, ya que no me es dado devolverte el bién infinito ni la eternidad.

# APOLOGO PAGANO
# DEL AMOR

VII

AÑOS después de cumplida la destrucción de Troya, y ya en los campos elíseos todos aquellos que en ella desempeñaron alguna misión, suscitóse de nuevo entre las diosas rivales la misma disputa que Paris resolvió. Porque habiendo caído en desgracia la buena opinión de este árbitro después de su cobarde conducta, Minerva hallóse con nuevas razones para buscar alguna revisión de su juicio. Y como de su parte estuviesen también Juno y muchos héroes de la compañía de Menelao que guardaban aún cierta esquivez contra Venus por la conducta tachable de la hermosa Helena, prontamente aviniéronse a someter el pleito a nueva decisión.

Mas ¿cuál de tántos ilustres héroes podía ser ahora el árbitro? ¿Cuál había de decidir la preferencia merecida entre Juno, el deber, Minerva, el talento, y Venus, la belleza máxima? Ninguno más autorizado que el astuto rey de Itaca, ya por sus hazañas, su comedido pensamiento y un si es no es por cierto prestigio seductor que le había creado la sorprendente fidelidad de su esposa.

La decisión pareció feliz a las tres divinidades que desde el comienzo de los siglos

se disputaban la preferencia ante los dioses y los hombres. Quizá interiormente cada una de ellas hallaba motivos para considerarlo parcial en su favor: Minerva que lo conocía tan devoto de sabios pensamientos; Juno que confiaba en la honda impresión favorable que el deber cumplido de su esposa habría debido causarle, y Venus que recordaba aún ciertos incidentes callados por Homero en la narración de su encuentro con Calipso.

Y las tres se presentaron en la plenitud de su magnificencia al sagaz Ulises: ¿Cuál de nosotras —le dijeron— conquista más firmemente el amor masculino?

—No es preciso pensar mucho, replicó Ulises —y las tres diosas temblaron de emoción,— no es preciso pensar mucho la respuesta que merece tan interesante cuestión. Desde luégo se lo preguntáis a una sombra impasible, que si estuviese en la tierra y cada una de vosotras ¡oh Divinidades! me lo preguntara por separado, a riesgo de cambiar tres veces de opinión os preferiría en turno riguroso; y si las tres a un tiempo mismo,



¡pobre Paris! me solicitasen opinión, creedme, os habría preferido a las tres sin contradicción ninguna. . . .

—Vemos, exclamó impaciente ya Minerva, que asumes tu antigua manera evasiva y un poco infiel. Eso estaría bien allá entre los hombres, ¿pero es ese acaso un criterio para los dioses?

—Precisamente no —continuó Ulises— y eso quería añadir: Que en tratándose de este mundo de los dioses y las sombras mi juicio ha de ser muy diferente, si lo permitís acaso. Mi juicio será muy corto expresado así: ¡De ninguna de vosotras emana el amor!

Ante tamaña ofensa las diosas iracundas exclamaron a la vez: ¡Blasfemo! Y en su pensamiento oculto quisieron significar: ¡Ingrato! Y lanzándose airadas hasta el trono de Júpiter le dijeron con crueles apóstrofes para Ulises que pedían venganza. Debía el astuto rey padecer otro tanto que Prometeo, pues su audacia no era menos ofensiva y peligrosa.

Entonces el ya viejo Júpiter llamó aparte a Ulises y le preguntó sus razones.

—Es Señor, dijo éste, que el amor según mis conocimientos no emana de ellas. Es virtud personal. En nosotros surge nebuloso en la niñez, soñador y pudibundo en la adolescencia, definido y audaz en plena juventud. Es función de nuestro organismo sano y fecundo. Es potencialidad íntima nuestra, de que ellas participan según su belleza, su sabiduría y su virtud. La inteligencia, la moral y el arte lo enaltecen y agigantan, pero si nada de eso encuentra, siempre surge, aunque sea por un corto instante. Es fuego cuyo combustible está en el corazón. Ellas son como el objeto brillante que recibe la luz y la refleja luégo como si fuese propia.

El viejo Júpiter sonrióse amablemente y dijo: Lo sé por experiencia.... Mas es prudente no aclarar tales cosas.

Y hé aquí que también Penélope había escuchado el juicio, y un poco amargada complementó la explicación al oído de Ulises: ahora recuerdo que en nosotras es lo mismo....

Mas interrumpiéndola de pronto el sabio Ulises le dijo tiernamente: no tomes a mal mis palabras, querida esposa: los inmortales



no saben todavía el verdadero misterio del amor. En la vida humana existe una conturbadora soledad. Los seres que se han querido con ternura, en un momento dado funden su personalidad en tal manera que de dos resulta un sér moral. Es como una integración de la persona humana. El hombre y la mujer con las fundamentales dotes de lo humano, son, sin embargo, fragmentos nada más de un solo sér que el amor conjuga para la armonía de los valores morales, para el complemento de la felicidad y el consuelo de cierta soledad interior que percibimos. En un instante dado, al cruzar de las miradas que se buscan, al enlazar los brazos, al cuidar de un hijo, ráfaga misteriosa golpea a un tiempo mismo en ambos corazones y una compenetración indisoluble los liga para siempre. Es una integración de la personalidad incompleta de los sexos la que hace el amor. De ahí en adelante emociones y pensamientos serán uno para dos, y los dos se sentirán uno mismo en las luchas de la existencia humana y en las fruiciones del corazón.

# APOLOGO CRISTIANO
# DEL AMOR

VIII

DESPUES de la maldición del Paraíso emprendieron los hombres su vivir atormentado de luchas y contratiempos. Y a medida que crecía la especie fueron avanzando hacia los cuatro puntos cardinales en busca de más pan y de mejor abrigo. Llegaron a las llanuras ardientes de los ríos tropicales, ascendieron por la falda hirsuta de los más altos montes, poblaron la selva y tocaron las lindes de los áridos desiertos. Padecieron hambre y sed, inclemencias de los elementos traidores y ataques airados o furtivos de todas las fieras de la pampa. Padecieron más aún: padecieron de la infinita nostalgia del Edén y del pavor inenarrable de su propio arcano fin. La maldición divina parecía obrar su efecto en todas las esferas de la humana consciencia y de la humana actividad.

Mas hé aquí, sin embargo, que en medio de sus grandes infortunios y del desamparo cruel de la más enemiga naturaleza el hombre cobraba más y más bríos y entusiasmo, el hombre sonreía y mostrábase feliz.

Y el Dios Padre concibió entonces por primera vez un sentimiento de rara curiosidad: Desconcertante fue para la misma Sabiduría

Infinita aquella inescrutable felicidad del hombre en medio de la eterna maldición. Y cuentan labios piadosos de aeda que Cristo cuando estuvo entre los hombres buscaba en los sentimientos de su humanidad alguna explicación a esa antinomia desconcertante para la misma omnisciencia de su Sér. Y que sólo después de haber vivido treinta años, una tarde al terminar de una jornada de fatigas y de sed, de crueles asechanzas y de infinita desolación espiritual, llegóse a un hogar amigo y vio que una hermosa mujer acercábase hasta sus plantas doloridas, lo miraba al fondo de sus pesares íntimos con el claro mirar de unos ojos negros y grandes, inquietos de ternura, y regando sus pies con bálsamo finísimo, sedante y perfumado, los enjugaba luégo con la seda ondulada de su abundante cabellera; y así de hinojos, radiante de belleza y de ternura, estábase a su lado temblorosa, cual una cervatilla perseguida por incógnito fervor. Y dice la leyenda que Cristo la miró, vio sus ojos cargados de dulzura, su hermosa cabellera destrenzada, sus labios trémulos y la blanca mano suave y caricosa, que a un mismo tiempo lo ungía y lo aliviaba; y que pensando en los hombres con el fervor de su humanidad enaltecida, dijo a su Padre, allá en lo más hondo de su agitado corazón: —Perdónalos, Señor, aunque sepan lo que hagan.

# DESPUES DEL AMOR.
# APOLOGO

## IX

«¿Mi leyenda?... Prefiero la historia, contestó la reina volviéndose al robusto Yarbas».

CIERTA tarde caliginosa, Dido, la reina de Cartago, estaba con su hermana recibiendo la brisa del mar en la magnífica terraza de su palacio.

Las dos parecían meditar a solas su vida pasada ante el crepúsculo luminoso y el mar.

—Hermana mía, dijo al fin la reina: ¿En qué estás pensando? Se me ocurre que un mismo pensamiento nos ha hecho meditar tan hondamente. Huye de nosotras ya la vida, y el sol de otros tiempos, como el sol que ahora se oculta, cobija nuestras almas con resplandor crepuscular....

—La juventud, hermana mía....

—Sí y no: Quizá no son memorias de juventud como juventud solamente.

—El entusiasmo de una sangre joven ante el despertar de la vida....

—Tampoco es eso propiamente. Hermana: ¿no sientes tú nada allá dentro del corazón?

—¡Oh! ciertamente. Es como un vacío: la consciencia de no poder ya encender fervientes entusiasmos. En plena juventud somos lla-

ma devastadora o tibiamente pura que enciende el corazón de los hombres y da colorido a la existencia. Ahora somos apenas vago símbolo. Se nos quiere como a antiguos retratos de familia, con afecto, sin fervor. Es el vacío de una resignada declinación. El apagamiento. El desamor. Una angustiosa frialdad en torno nuestro....

—Ardiente hermana mía. Veo que tu sangre hierve aún. No es eso lo que yo siento. Mi pensamiento es vagamente melancólico como una melodía lejana. ¿Recuerdas nuestros goces juveniles? Muchas veces iba por el mar, en mi barco, con él, con el que amaba entonces, y la música cadenciosa de las arpas distanciada por las olas del mar llegaba a mis oídos como un eco lejano de mi feliz amor. Ahora, ¿sabes, hermana mía? Ese amor lejano viene a mi consciencia como el eco de las arpas distantes allá en el mar.

—¡Oh! no agites mi alma con esas memorias....

—Sí, hermana mía: El hombre que nos enseñó a amar, sin saberlo quizá, dejó en nosotras parte de su espíritu. Y esa parte de



espíritu es el patrón de medida con que después medimos a los demás hombres.... Y, ¿quieres que te diga francamente? El sér amado se compenetra tánto con el alma que le amó, que integradas en el futuro son una sola, y al pensar y al querer, queremos y pensamos como él nos enseñó. ¡Ay! hermana mía: hasta el olvido es posible aún, nuevo amor, felicidades nuevas, todo; pero la sombra de aquel que por primera vez besó nuestros labios, oyó de cerca latir apresurado el corazón y alcanzó promesas silenciosas de nuestra sangre juvenil, esa sombra vaga eternamente en nuestro espíritu, visible o invisible, mas siempre dominadora. ¿No lo sientes tú quizá?

—Me haces estremecer, ¡oh Dido! ¿Acaso es una impregnación total?....

—Nó. Mas sí definitiva. Parte de nuestro sér conservará siempre fresca capacidad de renovar amores. La virginidad renace ante el estímulo de todo nuevo amor. Vuelve el corazón a ser adolescente y tímido, vuelve a hervir la sangre, y hálito nuevo de felicidad hará más estrecho aún si se quiere el nue-

vo abrazo. Es función de la vida: porque pensaste ayer no dejarás hoy de pensar, y puede que sea más vigoroso aún tu pensamiento. Pero el pensamiento inicial da el rumbo; y apagado en el misterio de la conciencia o palpitante todavía, sigue eternamente dominador.

—Pero.... ¿y qué importa al fin?....

—Es verdad. En nosotras puede dormir como una suave melancolía indescifrada. ¿Pero no comprendes tú que ellos adivinan la sombra del amor primero vagando en nuestros ojos?....

—Cuídate que ahí vienen ya tu rey y mi señor.

—Yarbas.—¿Qué hablabais, esposa mía?

Anna, interrumpiendo con inefable sonrisa:

—Lamentábamos cierta ausencia.

—Justamente, añadió Dido con acento cariñoso. ¿Por qué habéis llegado tan tarde?

# APOLOGO DE LA AMISTAD

## X

CIERTO día de la Naturaleza la Divinidad divagaba ensimismada y sola por el arcano de los mundos. De un punto perdido en los espacios vio elevarse una leve columna de fuego misterioso que seguía su estela por el pálido éter del infinito; y conmovida a la vista de tan exótica aparición llegóse quedamente al lugar de donde partía, y vio con inefable ternura a un pobre sér desvalido y soñador que buscaba sus huellas en el silencio de los mundos estelares: Arrodillado sobre el césped humedo aún de una elevada colina, ante el sol matinal y en la soledad de la naturaleza, el hombre atizaba fervientemente el primer fuego simbólico de su devoción a la Divinidad Arcana.

Entonces la Divinidad sintió en las entrañas de su sabiduría el hálito indefinible y grato de una consciencia hermana, evocadora y pura. Y tocada a su vez de gratitud, de la maravillosa gratitud de ver al fin su espiritualidad consciente definida y amada, de no sentirse ya más en la soledad de su Infinito, difundió su emoción por el alma del pobre sér desvalido y soñador que en ese instante la invocaba, y creó así para siempre el instinto de sociabilidad que redimió al hom-

bre de perecer en la inclemencia de los azares de su vida.

* * *

Una etapa más tarde el hombre protegido ya y vencedor detúvose a la hora de su ocaso a contemplar por última vez a la madre Tierra que en ese instante había de abandonar. Y de sus ojos cayeron sobre la madre Tierra lágrimas de tan imponderable amor que ésta conmovióse de infinita ternura y espiritualizando el arcano de su sér vertió en el alma de su hijo humano una nueva y rara idealidad: De entonces acá el instinto de sociabilidad defensiva llegó a ser un sentimiento de ternura, de inteligente simpatía protectora y de infinita consolación. . . . De entonces acá la Amistad existe en el alma de los hombres.

# APOLOGO DE LA CARIDAD

## XI

EN la penumbrosa Edad Media, cuando la humanidad sintió más fervientes anhelos de ideal en la mística, la filosofía y el amor, halláronse juntos un trovador y un santo.

—¿Qué haces por el mundo? preguntóle el místico al poeta errante, y éste replicó:

—Voy cantando en los palacios feudales, en las cortes regias y ante la multitud el poema de mis ensueños amorosos. Amé y no fui correspondido, y para calmar mi dolor busco el aplauso de mis canciones. . . . Y tú, ¿qué haces?

—Yo voy en el mundo herido por el dolor de los dolores ajenos: voy herido de caridad consolando al prójimo. . . . Podemos ir juntos.

Y los dos amistosamente continuaron su camino.

Al caer de la tarde, en un lugar desierto, hallaron a un pobre caminante herido. El santo se acercó a él y con exquisita piedad lavó las heridas, colocó vendajes protectores y le tomó consigo hasta la próxima ciudad.

Maravillado el poeta siguió detrás pensativo y observador. Y pudo ver que el rostro del asceta semejaba por tal manera la

expresión dolorida del caminante, que por momentos parecía herido él también. Silenciosamente analizaba esa rara simpatía sin hallarle satisfactoria explicación. Y continuó pensando, pensando más y más.

Esa noche en la ciudad fueron a la fiesta del palacio. Y después de las danzas del festín, el bardo enfermo de un amor lejano cantó con dulce acento todas las quejas de su alma. Y vio el santo observador que el rostro de los magnates y el rostro de las doncellas palidecía a veces, a veces se teñía de rubor. Que sus nervios temblaban finamente bajo el raso de los vestidos lujosos, como si a las evocaciones del poeta vivieran de nuevo rudas pasiones y encontrados sentimientos.

Al día siguiente la gloria del santo y la fama del poeta se extendieron por el mundo. Y las multitudes laurearon al poeta y beatificaron en vida al prodigioso santo. Mas ellos alejándose de las multitudes hablaron a solas y se dijeron:

—Por un instante al escuchar tus versos creí ¡oh bardo! que las multitudes habían alcanzado ya el sentimiento puro de la belleza. Que en sus almas habíase formado un templo especial para el culto de lo que es bello con absoluta belleza ideal. Temblaban extasiados al halago de tu voz, y el ritmo de tus cantos parecía ondular en sus corazones. Mas hé aquí que mis ojos, tenazmente fijos, vieron que su corazón vibraba bajo el impulso de distintas emociones. Si cantabas el dolor que te produjo la esquivez femenina, mancebos enardecidos soñaban tu sueño con pupilas brillantes y el labio aridecido de amor. Y si tus cantos halagaban la belleza de tu amada, temblaba suavemente el pecho de las vírgenes, recibiendo como propia, sedientas de ternura, la caricia de tu voz. He comprendido, amigo bardo, que ellos no aplaudieron la belleza de tus cantos sino el anhelo de sus propios corazones, y que, al fin y al cabo, tu dolor quedó incomprendido y tan solo como antes.



A estas palabras, replicó el poeta después de meditar un momento:

—Así es verdad. Tus discursos me revelan el fondo del corazón humano y la razón

de todas sus simpatías. Yo también pude observar lo que experimenta tu espíritu cuando es herido de caridad. Al recoger al caminante tú no sentiste sus dolores. Rara sugestividad de tu sér te hizo sentirte con el dolor que él sentía, y lo aliviaste para aliviar este tu propio dolor. Tu virtud es efecto de una trasposición de personalidad, mediante la cual tú te crees enfermo del dolor que ves y sólo lo curas para curarte a ti mismo.

—¡Oh Dios mío, así es verdad! dijo el santo. Ellos te aplauden si evocas sus anhelos, y yo curo mi dolor cuando restaño la sangre de la herida ajena. Desgraciados de nosotros, cuyas obras están desprovistas de todo mérito abstracto y propio.

—No te apenes, noble amigo, añadió el bardo. En este instante he tenido una revelación saludable: si el alma de ellos se conmueve emocionada al oír mi canto, y si tu alma enferma de tristeza ante el dolor, seguimos, es verdad, las mismas leyes del egoísmo humano. Pero tú tiemblas y ellos palidecen, revelando así que entre los seres se van creando espirituales caminos de corazón a



corazón. Es siempre el egoismo del sér el que surge, porque se despertaron emociones dormidas. Pero ya es un progreso milagroso pasar de unos a otros corrientes de emoción. Si no queda como una virtud altruísta que nos dé mérito propio, mi anhelo de belleza y tu anhelo de caridad, sí es virtud social, lazo de unión, llave de sentimientos que va transformando las relaciones de los hombres, al principio de mera e instintiva conveniencia, en una solidaridad de emociones que irá eliminando poco a poco las barreras del egoísmo individual para constituir un sér más comprensivo y capaz, el sér social del futuro, milagrosamente desarrollado de la cepa misma del egoísmo, mediante la simpatía de las emociones.

# APOLOGO
# DE LA VIRGINIDAD

XII

LA hermosa Magdalena vivía ya en el desierto. A veces en el descanso de sus rudas penitencias el recuerdo de los festines volvía a su memoria: el amor de los hombres, la música y el vino, el triunfo de sus formas esculturales en las danzas difíciles de Oriente, como un cuadro aparecían de nuevo en su imaginación, agravando con la melancolía del pensamiento reprimido su renunciación eterna. Y entonces, insatisfecha de su santidad, recorría leguas de distancia en busca de un anciano penitente a quien confesar por centésima vez los pecados de su vida. La voz autorizada del anacoreta le devolvía la paz a su espíritu y con nuevo fervor continuaba su vivir penitente.

En una de estas ocasiones fue sorprendida en su camino por los conductores de una caravana. Quiso huír de la vista de los hombres, mas en balde, porque fue obligada a retroceder.

—Dadme entonces, exclamó, con qué cubrir mejor mi pobre cuerpo.

Y los mercaderes colocaron sobre sus hombros regio manto de terciopelo azul, y así se presentó al jefe de la comitiva.

Su cuerpo irguióse, la rubia cabellera destrenzada bañó de oro el manto, y sus ojos azules reverberaron juveniles y candorosos y limpios como el cenit en los desiertos. El jefe de la caravana la miró sobrecogido de sorpresa.

—Hermosa mujer, le dijo, mis ojos contemplaron las doncellas del Egipto y de la Arabia, las bellas mujeres de Siria y del lejano Ponto, mas nunca esos mis ojos vieron otra como tú. Mi sangre joven hierve a tu presencia: sé mi esposa y vivirás feliz. Serás amada y rica, tendrás en mis palacios todo honor y mi amor eternamente.

Los ojos negros y tenaces del mercader árabe brillaban de admiración y de ternura, y su esbeltez conturbadora hizo bajar los ojos de la hermosa Magdalena.

—Señor, le dijo, ave enferma de recónditos dolores, vivo en los desiertos por renunciación del mundo. Tén piedad de mí y déjame mi soledad.

La mano del mancebo, trémula ya, asió la mano de la divina pecadora. Y con voz sumisa replicóle:



—No es fuerza la que vengo a imponerte. Mírame, míra mis riquezas, mi juventud, el amor que has encendido como un rayo, quizá con el rayo de tus cabellos de oro o con el manso azul de tu mirada. Mírame: volveré a ti y te tomaré por esposa si te place, y si no, a tu lado dejaré una vida en adelante inútil sin el amor de la tuya. . . . Cuando hayan brillado en el desierto tres lunas volveré. Que tu corazón resuelva mi destino.

Y se alejó.

La hermosa Magdalena fuese lentamente a su morada. Agobiada de incertidumbre echó su cabeza entre los brazos; cerró los ojos; y sin saber por qué besó el manto azul de terciopelo. Al contacto de la suave felpa levantóse estremecida, y desconcertada ya, buscó el camino del confesor anacoreta.

Y confesó de nuevo sus pecados. Y al llegar al recuerdo de su vista con el árabe, palidecieron un poco sus labios y el azul de sus ojos pareció diluirse bajo el brillo de las lágrimas.

—Señor, dijo, no tengo piedad de mí. Pero él volverá. . . . Y si acaso se da la muerte

porque yo le haya rechazado cual cumple a mis votos, ¿no creéis que esa muerte pesará sobre mi vida?

—Mujer: es una nueva tentación de Satanás.

—¡Oh! no: sus ojos y su voz estaban llenos de dulzura, su espíritu bondadoso irradiaba protección. Nunca, nunca puede el espíritu del demonio fingir tan perfectamente la bondad.

—¡Veo, mujer, que has vuelto a amar!

—No es amor, Señor, es piedad de hermana.

—Cámbia de morada y renúncia otra vez al mundo.

—Obedezco, Señor.

Y fuese más lejos aún la hermosa Magdalena. Pero al llegar de la tercera luna, como una vaga aparición recorrió el desierto. —No es amor, decía: es piedad de hermana: iré y lo disuadiré de su intento; lo atraeré a mi religión y mi conciencia quedará tranquila. Y caminó por el desierto reflejando la luz en su blancura como una vaga aparición.



Bajo una tienda improvisada halló al man cebo mercader. A su vista deslumbrado, enardecido, la tomó en sus brazos, y la bella penitente sin poderse desasir sintió el fuego de unos labios que la hacían temblar y el calor de otro cuerpo que paralizaba el suyo en invencible hipnotización. Mas erguida y acusadora su conciencia la devolvió fuerza al fin, y deteniéndole, exclamó:

—Déjame vivir solitaria y penitente. Entre los dos hay un doble abismo: el deber de mis votos y. . . . no puedo más, déjame que llore lo irremediable de mi vida.

Y lloró amargamente a la vista del joven mercader estupefacto. Lloró con amargura que nunca jamás había experimentado.

—Déjame llorar, decía. Mis lágrimas disolverán mis recuerdos y así podré borrarlos de mi pobre corazón. Un raro sentimiento me oprime; por primera vez en mi vida quisiera nacer de nuevo. . . .

La luna iluminaba suavemente los contornos. Magdalena levantó con timidez los ojos impregnados de inefable dulzura:

—No me mires, le dijo, déja que me cubra mejor. No me toques, aguárda que tiemblo de rara timidez. Déja que me oculte: ¿no ves mi cabellera destrenzada? Mis manos perdieron su blancura. Mis pies. . . . señor, no mires mis pies. . . .

# APOLOGO DE LA INOCENCIA

## XIII

DESPUES de haber hablado despectivamente del honor en todas sus modalidades, Schopenhauer se volvió hacia el amable Guyau para decirle:

—¿Acaso tú crees también en la virtud de la inocencia? Por tu modo de mirar adivino uno de aquellos platónicos discursos que solías hacer tan a menudo en torno de los viejos ídolos del sentimentalismo humano.

—No tengo, replicó Guyau, discurso alguno fabricado en favor de la inocencia. Mas como creo sinceramente en su hermoso contenido, en su valor como belleza espiritual, dignificadora del corazón humano, déjame oír el razonamiento denigrante que le hayas preparado en tu incurable misantropía.

—¿Pero es posible, oh amable Guyau, que un filósofo aún preste valor alguno a estas pobres palabras-ídolo? ¿La inocencia?... A quien no sabe lo que dice, o cumple a ciegas sus actos se le llama inocente: el niño, a veces la mujer, raramente uno que otro adulto retrasado, obran así. En los dominios del razonamiento esto es sencillamente ignorancia, dentro del ejercicio de la voluntad es torpeza, en la religión se eleva al concepto de fe y en la moral al de virtud. Nada

cambia sino la aplicación; el hecho mismo la sustancia que se predica, permanece igual: ¿por qué entonces, llamarla deficiencia en unos casos, defecto despreciable, y en otros coronarla de ficticio valor? Ante la razón pura hé aquí una incongruencia imperdonable. Pero vosotros apeláis al sentimiento, ¿no es verdad? Al labriego que afirma tenazmente cosas que ignora en absoluto, lo declaráis meritorio de la fe. Bella palabra que suple la suprema dignidad de un convencimiento. Y al párvulo o a la mujer virgen porque ignoran el misterio de Afrodita los declaráis puros, y a su ignorancia la llamáis virtud. ¿Verdad, querido Guyau, que es ésta una lógica de charlatán de ferias? No arrugues el ceño. A pesar de tus entusiasmos eres demasiado joven aún. Escúchame: las cosas son por sí lo que son, y sólo el hombre las revesa cuando no se acuerdan con su propósito fin. La virtud es algo activo, según su valor inicial, hermano de fuerza y congénere de varón. Pero por contraposición estúpida habéis hecho virtud también a algunas deficiencias. No sin embargo, desinteresadamente. La voluntad es



virtud, pero si el prójimo se pliega a ella pasivamente, lo que es decir, renuncia a su propia virtud, esa resignación la llamáis virtuosa y trasponéis el concepto por egoísmo, deseo de dominación, mera utilidad. Así ocurre con la fe. ¿Y la inocencia? Aquí entra un nuevo factor, el orgullo de posesión primera. ¿No ves cómo la sensualidad viene a trasmutar hipócritamente los valores reales? La inocencia significa para vosotros pureza, la pureza concebida como falta de dominación extraña, y aun de prueba extraña a vosotros. Os reserváis el ser los maestros, el disfrutar de un mundo de emociones cuya válvula de escape sólo vosotros podáis abrir. Egoísmo concupiscente y orgullo de primera posesión: hé ahí, mi joven filósofo, lo que ha transformado en virtud una negación. Y es más todavia: no sólo es trasmutación de sentido en palabras de un valor justo y real, sino también atentado de esclavitud del sexo masculino. Déja, pues, que me burle eternamente de vuestras preciadas idolatrías.

—No delante de mí, ciertamente, contestó Guyau. ¿Acaso has agotado el problema

aún? Ciega misoginia te ha hecho destructor. Aguárda un poco, ¡oh Schopenhauer! Lo que tiene de bueno tu discurso no te pertenece: ya Sócrates nos habló de la virtud eficiente, de la virtud capacidad intelectual. Y si cual hice yo hubieras mirado el mundo por sus aspectos ideales, tu vida más feliz hubiera sido y otras tus enseñanzas también. La inocencia tiene valores que no ha podido apreciar tu ceguera moral. Es activa y es virtud, si la entiendes como yo, pureza de intenciones. La virgen adolescente y el párvulo que nos miran con ojos limpios de pecaminosa intención son inocentes. E inocente también la esposa que hace guardia de pureza en torno de nuestro amor conyugal, que mira el mal como una corriente perturbadora que no hallará cauce en su espíritu, y entendiendo no entiende, porque no concibe su bondad que el cieno toque un corazón cuyo nivel está muy alto. Es virtud porque es intención y principio de acción, por consiguiente; y es virtud porque es retribución de bienes, además, si bondad hay en ser fiel y pensar dignamente, No es sólo



la ingenua ignorancia del niño. Concepto más vasto y eficaz encierra si la miramos como pureza de intenciones, haciéndola así fuerza moral, retribución de amor y promesa válida de robustas generaciones; que por encima del orgullo de poseer lo incólume quizá el hombre adivina también el conjugarse con lo más eficiente para el vigor de la raza.

Hay que escudriñar mejor la parte positiva de los conceptos, ¡oh Schopenhauer! no sea que se nos escape el sendero de la verdad y la percepción de la belleza, único tributo, pero tributo suficiente de la vida.

# APOLOGO DEL ARTE

## XIV

ERA imposible ya para los dioses convivir: el Amor enemistaba las más dignas relaciones e iba de una a otra esfera del Olimpo enredando sentimientos y enfermando de extraño anhelo todos los corazones. Por décima vez había reñido Zeus con su esposa a causa de otras tantas metamorfosis a que habíale obligado a recurrir el astuto Pequeñuelo: Toro manso, lluvia de oro, rayo de luz, cisne arrullador, siempre resultaba descubierto al fin, y siempre en mil apuros se veía para dispensar su protección y salvar su dignidad. Y como él, todos se quejaban. Afrodita había sido herida también. En adelante inmortal alguno dispensó acogida al Pequeñuelo audaz, y todos en contra suya dispusieron que fuese arrojado del Olimpo al azar de su irrefrenable intemperancia, ya que por su esencia divina no se le podía destruir.

Y llegóse a nuestro mundo el Pequeñuelo de las eternas inquietudes. Llegó cantando su destierro, imperturbable en la sabia ligereza de su instinto. Y metióse por los prados, por las selvas, por los abruptos montes, hasta conocer palmo a palmo todos los senderos y visitar a todas las criaturas de la tierra, entonces brumosa aún y descolorida.

A la riba de un arroyo en la pradera silenciosa sentóse al fin a descansar. Y vio que una oruga trepaba difícilmente por el tronco añoso de un árbol.

—¿Qué buscas? Preguntóle el inquieto Amor.

—Busco a mi compañera perdida en el boscaje a causa de su extrema lentitud, replicó la oruga.

—No sufras más, le dijo entonces el Amor. Y tomando en sus manos el sedoso capullo en que vivía le hizo unas alas de tan maravilloso azul que embrigada de contento la oruga, hecha mariposa, fuese de flor en flor aleteando locamente. Entonces vinieron al Amor otras orugas, y otras más, y a cada una vistió de maravillosas alas para que anduviesen por el aire y por las flores buscando temblorosas su amor.

Y un ave apesarada llegó luégo hasta él.

—¿Qué haces? Le preguntó el Amor.

—Mi compañera, replicó el ave, fuese por el monte y no sé ahora dónde está. ¿Quisierais ayudarme, como ayudasteis a la oruga, divino Pequeñuelo?



—Ciertamente, le dijo el Amor; y tomándola consigo la besó en el pecho; y en ese mismo instante el avecilla fuese por la falda de los montes y por los valles trinando tan dulcemente que atrajo a todas las aves de su especie, hasta hallar su extraviada compañera.

Y todas las especies de las aves se juntaron entonces, y yendo hasta el Amor en romería le pidieron gracia, y él les dio a unas cantos, a otras bellísimo plumaje, arrogancia o ligereza, arrullo melodioso o gorjeo seductor. Y todas felices volaron en bandadas, llenando la tierra con la alegría de sus trinos, de su forma y sus colores, con la alegría inefable de su renovado sér.

Y llegaron después todos los vivientes en interminable caravana, y el Amor los fue dotando de siempre nuevos y siempre eficaces atractivos: rubias melenas a los leones, crespas crines y enarcado cuello a los potros salvajes, vigor en la armada testa a los toros de la pampa, grácil silueta a los ciervos corredores, hasta que todo fue en la tierra alegre y ágil, bello y feliz.

Y cuando el Amor gozábase en la magia de su obra, renovando el mundo con su divina potencialidad, un mancebo dolorido llegó hasta su presencia.

—Las aves trinan por todo el mundo la eficacia de vuestra obra, divino Pequeñuelo: ¿quisierais ayudarme a mí también? Mi amada no me atiende, ni siquiera quiere oírme hablar....

Y el Amor en tanto que le escuchaba tronchó frágiles cañas de la orilla y atándolas en melodioso caramillo le respondió:

—Vé a tu amada y que oiga ella tu amor expresado en cadencia musical.

Fuese el mancebo afortunado, y muy luégo regresó feliz:

—Señor, he triunfado; y todos quieren aprender más de vos. Este es mi hermano, cuya amada está ausente: ¿qué le dais?

Y el Pequeñuelo le dio el dón de la poesía lírica para que cantara su amor.

—Señor, dijo entonces el agraciado: la muerte arrebató la amada de mi hermano.

—¿Cómo le ayudáis, si os place?

—Que dibuje su imagen sobre el lienzo tan bella como la guarda en su memoria....



Y así fue dispensando el divino Pequeñuelo todos los dones del Arte a los hombres, los cuales a su vez se apresuraron a repetir sus enseñanzas, hasta que llenando el mundo con sus poemas, sus cuadros, bellísimas estatuas y pórticos perfectos, e inundándolo de armonía musical, los dioses del Olimpo conocieron que la humanidad íbase elevando a las esferas de la divina inspiración, y temerosas de su influjo bajo la inagotable invención del Pequeñuelo, se lanzaron contra él ansiando destruirlo. Mas la esencia de su personalidad divina diluyóse en los espacios hasta los confines del universo, y superando en poder a todos los dioses del Olimpo, dominó para siempre entre los mundos como atracción universal, como simpatía entre los seres vivos, y como elación artística en su predilecta la humanidad.

# EL ALCAZAR DE LA FELICIDAD. APOLOGO

XV

LA leyenda fue pasando de generación a generación. El presunto Sultán la oyó de labios de su madre, muchas veces, en noches de plenilunio en que la vasta llanura aparecía bañada toda en tenue luz y allá en los confines se divisaba apenas la silueta borrosa de la Sacra Colina de la Felicidad.

Entonces su imaginación arrebatada iba confundiendo la imagen real con las imágenes surgidas de la legendaria narración, y con ojos cargados de fe escuchaba:

—Hay allá en su cima un alcázar firme como de mármol, esbelto como de niebla, habitado por todos los sueños del Sultán. Todo allí es luz, perfume y armonía, todo es desear eterno, eternamente satisfecho y renovado. A su alrededor jardines maravillosos están divididos por corrientes puras de agua que pasa bulliciosa en madejas cristalinas. . . .

Y así fue creciendo el presunto Sultán arrullado con el ensueño de la lejana Colina, que tántos otros ya buscaron en balde. Y en una alborada estival en que el inmenso azul se arreboló maravillosamente de colores juveniles y la tierra apareció en todo su esplendor, cuajada de rocío su verdura, tomó el

cayado y fuese en busca de su anhelo hacia la Sacra Colina.

Quería morar en su augusta placidez. Y anduvo día tras de día, día. . . . tras de día. Sus pies desnudos sangraron pronto; muchas veces se secó su labio en mediodías calurosos, y en noches de escarcha careció de abrigo. Pero anduvo, anduvo. Los pasos se sumaron tras él. Pasaron los años. Desmayó de su obra. Pero anduvo, anduvo. Su cabellera tornóse gris. Sus ojos cargados de crueles enigmas hiciéronse turbios y sombríos.

Al fin llegó: y por su flanco fue subiendo bajo la opresión de todos sus ensueños, extasiado, feliz. Mas al llegar a la cumbre vio que el sol enrojecido de la tarde iluminaba en medio de carmíneos arreboles un infinito más allá y en ese infinito a la Colina verdadera, con su alcázar seductor, firme y esbelto como de niebla y como de mármol. . . .

Quiso reanudar su marcha y ya no pudo. Volvió los pasos hacia el hogar de sus mayores y tampoco pudo ya. El infinito cielo se obscureció lentamente y la tierra en rededor fue una quieta negrura silenciosa. ¿Qué



hacer? Los ojos del Sultán turbados por el pavoroso enigma se cerraron llorosos y nostálgicos ante las sombras de la noche y de la nada. . . .

Mas del fondo mismo de su sér, como un despertar de ocultas revelaciones, fue elevándose un sentimiento de inefable bienestar. Abrió de nuevo los ojos y a la luz pálida de las constelaciones, que esbozaba apenas los contornos del mundo, sintió por vez primera la misteriosa iluminación de su alma. Comprendió que el Alcázar de la Felicidad indeficiente no fue edificado en el espacio ni en el tiempo, sino creación particular del espíritu, labrada con el cincel de la sabiduría en las canteras inagotables de la vida humana, del cual apenas fue una proyección borrosa la leyenda de tántas generaciones.

Y feliz con su verdad reposó su alma para siempre.

# APOLOGO
# DE LA VERDAD

XVI

DESPUES de la sentencia de Sócrates todos sus discípulos quisieron atestiguarle con la gratitud de su alma algo más importante aún como era la convicción que les dejaba de ideas superiores. Uno de ellos, sin embargo, más sensible que los otros quizá, o más timorato talvez, no quiso asistir a sus últimos momentos.

Y este discípulo ignorado emprendió el camino del Pireo sin saber a punto fijo qué haría en adelante. Sentóse meditabundo sobre una roca que dominaba la superficie dilatada de las ondas marinas, y después de largo pensar permanecía aún indeciso sobre si debía alejarse del Atica en una de esas naves ancladas en el puerto, o si, dando por terminada su existencia, consumirse ahí en el mar.

Era la hora del ocaso, y purpurinas e irisadas iban y venían las olas cargadas de espuma. Desnuda y cavernosa la playa vecina poblábase del rumor del viento y de las olas, como si en verdad algo vivo informase su agitación.

Por la mente del discípulo, medrosa y dubitativa, pasaban las enseñanzas religiosas que poblaron su cerebro de niño, y en el juego

de la luz que se extinguía y de las ondas que se alzaban rumorosas creyó percibir un vago aletear de ninfas alegres y el sordo respirar de Poseidón. Y pugnaban en su mente estas vívidas imágenes de la fe popular con las enseñanzas austeras del Maestro. Sentía en su espíritu conturbado la lucha penosa entre sus sueños infantiles y esa fría idea de un Dios universal y solitario; entre el coro de inmortales dichosos que poblaban los bosques y las fuentes, el cielo y el mar, y la imaginación de un universo mudo, inanimado y solo delante de un inmutable y único Dios. Y ante la verdad antigua, hermosa y vivificante, la pálida verdad del maestro lo desconcertaba y entristecía. Como presa de un desvarío invocó a Zeus universal y a Palas protectora de la Urbe; y sin saber cómo, ante sus ojos dilatados de espanto surgieron de entre las rocas ribereñas el viejo Cronos destronado del Olimpo y Quirón, el símbolo profundo de la substancia humana.

En un instante el discípulo temió por sí: Arrepentido de sus nuevas ideas y con voz apagada por el miedo, dijo a las divinas sombras: —Perdonad mi extravío de un instante, y os ofrendaré mientras viva gratos sacrificios.



—No te apenes, le replicó gravemente el viejo Cronos. A esta hora vuestro astuto maestro rinde homenaje de sumisión a Esculapio, presa como tú del presentimiento de la muerte, tan inútil homenaje como inútil es tu miedo, pues en nada nos han ofendido las nuevas ideas. Yo soy Cronos: vuestras leyendas populares dicen que fui destronado. ¡Destronado yo que asistí a la cuna de todos los olimpos; yo que en Egipto y en Asiria bauticé los primeros dioses y los vi degenerar luégo hasta convertirse en vagos símbolos de la ambición humana; yo que he estado en la aurora de todos los imperios y he visto las horas de amargura de todos los hombres! ¿Cómo vas a creer que me ofenden tus ideas? Ellas existieron ya sobre la tierra y fueron pervertidas también una y más veces. . . .

—Pero, ¡oh Dios incomprensible! ¿Son ellas verdaderas, son siquiera más sensatas que el credo popular? ¿Vale la pena de morir por ellas?

Sonrió noblemente el viejo Cronos a la pregunta sugestiva del discípulo de Sócrates y respondió:

—Todo lo que existe tiene un fondo de verdad. La verdad en el cerebro humano es como la luz, penetra mejor cuanto más diáfano sea el cuerpo que la recibe. En vuestra idea hay alimento para muchas generaciones: Ella crecerá hasta dominar el mundo, será vestida por la imaginación de todas las razas, hasta que agotada de llevar el ropaje humano se convierta en un símbolo de lo ignoto suprasensible y atractivo en que repose el corazón del hombre sus dolores, y constituya para su mente una etapa de descanso.

—Cronos omnisciente: ¿y esa unidad divina que anuncia nuestra idea, encarnación de los misterios eleusinos, representa acaso toda la realidad de todos los misterios?

A esta pregunta del discípulo de Sócrates, Cronos no replicó. Quirón, el astuto, lo miró fijamente, y temblando bajo el látigo de todas las ambiciones humanas, de todas las pasiones y del fervor de la vida, dijo brevemente, en tanto que se alejaba con la sombra del divino Cronos:

—Piénsa y vive.

# APOLOGO DE LAS RELIGIONES

## XVII

¡Oh Padre Sol, esencia icástica de todas las divinidades!

EN su viaje de conquistas las hordas de Mahoma llegaron un día a las montañas donde un pastor persa cuidaba sus ganados y soñaba los sueños de su raza. De tupida barba y larga cabellera encanecidas al aire libre y puro de las sierras, el viejo pastor era el símbolo de la noble raza que en las mesetas del Irán concibió a la Divinidad bajo el símbolo inmortal del sol, de la vieja estirpe aria que adoctrinó Zarathustra.

De pie sobre la colina verde al tiempo de la aurora, sus ojos limpios aún y penetrantes miraban al oriente, mientras la brisa agitaba las guedejas de su barba. A sus pies una hoguera propiciatoria ritualizaba la fe de sus mayores en el sol, y la lengua temblorosa de la llama palidecía ante el rojo quieto de la aurora; y la lengua temblorosa de la llama semejaba la actitud expectante del pastor ante el rojo quieto de la aurora.

De la tierra verdecida y húmeda de rocío blancas moles de neblina se elevaban como ofrenda misteriosa de la naturaleza al sol.

El alma del pastor esperaba confiada y agradecida de antemano el primer destello

del astro para darse a sus labores, y mientras tanto meditaba cómo toda vida de aquél emana y cómo toda manifestación de vida parece rendirle culto: la niebla, el canto de las aves, el fuego que se eleva tembloroso y el hombre que a su amparo trabaja y en su luz se regocija.

A este viejo pastor, símbolo de luengas edades, sorprendieron un día las huestes de Khalid, «Espada de Allah».

—Tú debes, le dijeron, abandonar tu fe y creer en el Profeta.

—¿Quién es el Profeta?

—El que recibió de Dios unción suprema y única.

Las pupilas fulgurantes del pastor miraron en torno. Miraron a las cimas azules de las cordilleras lejanas, al río que serpentea por los valles y al sol, cara a cara, como buen hijo de las cumbres.

—¿Qué queréis que haga? Replicóles. El surge, él indefectible, mañana tras mañana. A su luz todo se embellece y su luz todo lo fecunda: el azul de las sierras distantes suyo es, y los ríos que fertilizan la tierra hijos son de las nubes que arrebata el mar. El blanquea el vellón de mis ovejas y dora las espigas de mis campos. . . . ¿Que adore al Profeta? En el decurso de las generaciones de mi raza nunca faltó un día de brillar y sernos protector. ¿Qué más vio el Profeta? El trigo de mis campos reverdece a la luz de mi sol y su fuego torna rubias las espigas de mis campos. Se concentra en el leño que arde en el hogar, colora en mil maneras el plumaje de las aves y da tonalidades cambiantes a la frágil mariposa de los jardines. Las flores todas de la cumbre y de los valles le deben su fragancia y sus matices. ¿Qué más vio el Profeta? Del seno mismo de la tierra surge el fuego de los volcanes con fuerza que él les dio. Su luz brilla en el zenit hasta donde mis ojos alcanzan y de allí hacia arriba hasta donde pudieran ver otros ojos, y otros más que mirasen desde el límite de su poder, arriba y más arriba aún. En el fondo de la tierra, en el seno de los espacios, en cada cosa y dentro de mi espíritu es él, su fuego y su luz, la energía de su sér, la que palpita. De él emanan

desde el comienzo de las edades, indefectible e igual, vida y espíritu. Cuando surge en la mañana mi alma se regocija, cuando se aleja en la tarde la tristeza de mi espíritu le rinde homenaje. Si todo lo alienta y los seres siguen el ritmo de su curso,—¿qué más vio el Profeta?

—Las huestes del Profeta no vienen a escuchar razones. Tomadle y sepultadlo en las grietas de la roca,

Y en la grieta oscura de la roca el viejo pastor golpeó la sílice con sílice y un haz de chispas hirió sus ojos. Mirad, les dijo, en las entrañas de las cosas palpita el fuego de mi sol. Decid al Profeta que de él recibo la prisión y que la prisión me devuelve mi luz.

Enardecidas las hordas le tomaron de nuevo y le arrancaron los ojos. Al choque rudo de la herida el viejo pastor por un instante quedó desvanecido. Mas recobrándose luégo exclamó heroicamente:

Al reventar mis ojos un globo luminoso deslumbró mi cerebro. Decid al Profeta que mi sol está también dentro de mí. Que si él ha-



lló en su alma enardecida la ley del universo, yo hallé en el universo la norma de mi espíritu. Mis ojos no verán ya más; pero oigo el canto lejano de las arenas del desierto: decid al Profeta que haga cantar las arenas del desierto como cantan al halago de mi sol....

# APOLOGO
# DE LA GUERRA

XVIII

EL adusto Odín, dios de la guerra que condujo a los descendientes de los escitas por el norte de Europa, hasta llevarlos a la dominación del mundo, olvidado al fin por la ingratitud de su pueblo, buscó refugio en el cielo del Cristianismo, como ya lo habían hecho sus parientes de la Grecia antigua.

Pero llegó un poco tarde. Las virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad, disfrutaban de poderosa influencia, y a su vista se volvieron esquivas contra él.

—¡Bastante mal habéis hecho, le dijeron, para osar entrometeros en nuestro apacible mundo!

—Yo, como Marte, a quien recibisteis ya, solicito también perdurar entrando en vuestro reino. El, griego astuto al fin, tomó el nombre de Santiago. Mi raza es fuerte: yo quiero entrar con mi propio nombre a vuestro reino.

Y echándose al hombro su clava gigantesca, tocó a la puerta con ademán imperativo.

Las virtudes invocaron entonces a todos los que les eran gratos y les pidieron eficaz apoyo. Juan el Evangelista las contuvo sin embargo y las amonestó así: misteriosas vi-

siones tuve sobre la tierra. Yo sé que hay para nosotros enigmas mudos aún. Si cerráis las puertas a Odín, ¿sabéis vosotras lo que él podrá hacer? Hay un Ente arcano cuya voz me llegó alguna vez de los confines de la tierra. Misterioso y profundamente sabio inspiró a Laocio en el lejano Oriente, a Anaximandro y a Platón en la Grecia clásica. Yo tuve de él una inspiración fugaz, y ante su sabiduría tembló mi corazón despavorido. Desde entonces comprendo que él guarda el secreto de las relaciones entre la divinidad y el hombre. Consultad a él: se llama Logos.

Y Logos apareció entonces. La Caridad, cobrando fuerzas de su magnífica misión, tomó la palabra.

—Misterioso Señor de los arcanos: Odín llama a nuestras puertas queriendo habitar entre nosotros. El impulsa la cólera de los hombres para que unos a otros se ultrajen y destruyan. A su paso por la tierra corren arroyos de sangre y el alma ingenua de los hombres tórnase aridecida y brutal. Mi hermana la Fe y mi hermana la Esperanza claman inútilmente en medio del furioso oleaje del dolor. Yo



misma, señor, desfallezco ya. ¿Será justo que el feroz Odín participe de nuestro reino?

Y Logos Arcano respondió:

—Niñas erais aún en el corazón de los hombres cuando Odín azotaba el mundo con el golpe jamás devuelto de su clava. También yo, como vosotras, quise detenerle, pero cuando mi voz airada iba a hundirlo en los abismos, la luz del Creador Eterno iluminó a Odín y paralizó mi palabra. Su sér repulsivo y audaz transformóse al punto, y vi en el fondo de ese sér una misteriosa revelación: Odín es vuestro hermano....

—¡Imposible!

—¡Y es mi hermano también! Poco sabéis vosotras del hombre y sus destinos: de modo muy lento vamos acumulando, vosotras en el corazón y yo en la mente, nuevos sentimientos e ideas que crecen con los años, a veces con los siglos, irradian de unos a otros, los iluminan y atraen mutuamente hasta que parecen estallar en frutos de beneficencia y sabiduría. Pero el pasado, como un centinela, los ahoga, los interioriza y retiene infecundos. Entonces ellos enardecen la sangre y con un

motivo a veces baladí, esa sangre estalla en torrentes, y esos torrentes riegan por el mundo, exteriorizan y fecundan las ideas estancadas y los nuevos sentimientos. Cada idea entraña un principio de acción y de emoción que va creciendo a medida que se ilumina más; y como los sueños, esconde anhelos indescifrables a veces, y como los anhelos estalla en violentas acciones en el momento propicio. Toda gran revolución es un estallido de energías lentamente acumuladas en formas de emoción que rompen con el raudal de la sangre los diques de contención que antiguas ideas, estratificadas ya e inertes, oponen a la mutación del hombre. Si acaso un espaciamiento se percibe en la línea gráfica de las guerras, ¿no percibís también una mayor intensidad compensadora?.... Dejad entrar al Dios guerrero, no sea que la humanidad se estanque y anule.... ¡Pero si queréis luchar, probad vuestra impotencia!

Como llama agitada por el viento, irguióse la Fe, temblando de emoción:

—Yo sé, dijo, que ha sido verdad cuanto decís, Arcano Logos; pero la sangre de los



hombres tiende a derramarse más y más tardíamente; se espacian sus crueles conmociones....

—Y todo anuncia, interrumpió la Esperanza, que un día ha de llegar cuando los hombres cumplan sus destinos y adquieran sus verdades en el seno cariñoso de la paz.

—Sí, dijo Logos ya desapareciendo: cuando los problemas que le agitan carezcan de interés o cuando él carezca de emoción ante sus propios problemas. Entonces también vosotras, con el adusto Odín, habréis desaparecido, como Logos Arcano....

# APOLOGO DE LA SUPREMA TOLERANCIA

XIX

ENOJADO con los hombres y la vida un anacoreta habíase retirado a un bosque lejano hacía largo tiempo ya.

Habíale impresionado amargamente la lucha tenaz de unos seres contra otros, desde el hombre que daña a su prójimo y destruye los brutos y las plantas, hasta los más humildes seres que se amenazan unos a otros, se hieren y devoran.

Aguardaba la muerte con desdén, porque ya había despreciado la existencia. Para él la naturaleza se mostraba inclemente en todas sus manifestaciones. La vida no se le aparecía sino como un combate desesperado: los elementos mismos, el agua que inunda, el viento que tala, el fuego que devora, eran un símbolo de guerra y nada más.

Su alma piadosa buscó en la soledad de una gruta silvestre refugio contra la vista de una inmisericordia tan universal, mientras le llegaba su hora de liberación definitiva.

Ni sus graves penitencias, ni el fervor de sus plegarias le habían traído aquella paz interior que hace interpretar bondadosamente la existencia. En su espíritu flaqueaba ya la fe en una Providencia personal, puesto que el mundo aparecía siempre como un caos de desesperación y de muerte.

Una mañana luminosa en que el sol brillaba diáfanamente en el cielo azul, entibiando el ambiente que la selva perfumaba de modo acre y deleitoso, el Ermitaño salió de su gruta y se recostó a la riba de un arroyo. Sus miembros curtidos por la intemperie desperezábanse a la suave caricia de la luz y del calor, y sus sentidos se tornaban ávidos de sensaciones, despejados y prestos. En su derredor la vida inquieta henchía las plantas, agitaba los insectos, inspiraba cantos a las aves. El arroyo mismo se deslizaba limpio y sonoro por entre guijarros blancos y pulidos, juguetón y presuroso como si tuviese vida.

Pero nada de esto entusiasmó al Anacoreta: su corazón, aridecido por aquella idea dominadora, se revelaba en el gesto adusto de su rostro y en la mirada fría de sus ojos esquivos.

De pronto un gran ruido conmovió toda la selva. Muy cerca de él cruzó despavorido un ciervo. En su hermosa cornamenta llevaba enredadas ramas florecidas, como si fuesen la corona de un próximo martirio. Su



cuerpo tembloroso se detuvo un instante mientras sus ojos dilatados de pavura inquirían refugio. Pero en menos de un instante, certero y feroz, cayó sobre él un jaguar sediento de sangre tibia; y a la vista del mudo anacoreta desgarró con ávida premura el cuello de su víctima, y con fruición indecible bebió en los chorros purpurinos de las rotas arterias; con sus garras como puñales resortados desgarró la piel y arrancó la carne humeante; y luégo, saciado ya, escondió los restos de su presa y desapareció.

Entonces el Ermitaño se acercó al ciervo destrozado y vio con piedad que en sus ojos abiertos aún había una indecible expresión de anhelo, algo como el ansia de vivir exteriorizada en un rictus de deseo supremo.

Fuese, y calculando el retorno del jaguar estuvo en acecho hasta que el felino con paso y mirar cautelosos se aproximó a su víctima; y mientras entusiasta lamía ávidamente los despojos, el Anacoreta lo mató.

Mas hé aquí que cuando alegre de su obra el Ermitaño se acercó al felino ya muerto, vio en sus ojos con profundo desconcierto

la misma expresión de deseo de vivir, el ansia suprema de la existencia, y que en su mirar apagado por la muerte quedaba aún adormecida una ingenua impresión de anhelos inocentes.

Y volviendo entonces sobre sí mismo, comprendió que en la ordenación del mundo la lucha no es maldad sino obligada subordinación de fuerzas: se acercó al arroyo y comprendió el empuje de sus ondas; se acercó al árbol y vio el vigor de sus raíces; se pensó a sí mismo y conoció del valor de la vida en una bondad que supera los pequeños infortunios.

# APOLOGO DEL PROGRESO

## XX

DESPUES de haber sufrido una fría recepción de parte de los hombres, el buen genio retiróse a su labor, quejoso de la suerte ya. El sueño de su vida estaba realizado a su entender, y la idea benéfica que concibió su mente y que su voluntad supo en lucha heroica conducir a una realización definitiva, aguardaba apenas el veredicto de los hombres para dar de sí todos sus felices resultados.

Pero el tiempo parecía sumarse ahora con paso más acelerado aún. Al declinar de la existencia humana se realiza al parecer un declive que hace más cortos los años, más fugaces aún las emociones, vago e incierto cuanto pasa en rededor. Los hombres no lograban todavía comprender el alcance de su idea, y el genio protector declinaba enmudecido al parecer en la fija contemplación de su obra.

Mas de pronto cobrando nuevo aliento entusiasmóse y puso en actividad todo su pensamiento y toda su voluntad. Quería seguir adelante nuevas inspiraciones, dar a la idea original múltiple aplicación: y olvidándose de su suerte y de la incomprensión de los hombres y de la cortedad de la vida, aplicóse a

trabajar con todas las potencias de su alma. Y halló nuevos rumbos, entrevió resultantes imprevistas, y embriagado de fe concentró su existencia, con la virtud de un santo y la tenacidad de los héroes.

Y ya para triunfar nuevamente llegaron los hombres en afanosa romería, proclamando la excelsitud de su idea original. Mas él los detuvo para decirles:

—Tomad mis nuevas orientaciones y seréis más felices aún. He reformado mi idea. Tomadla y ved cuánto más bella y promisoria aparece así:

—¡Horror! gritaron los hombres. Vas a trastornar tu idea con grave quebranto para nosotros. ¡Deténte! Sólo queremos la idea original.

Y tomándola a la fuerza llevároнla consigo, sin cuidarse de la incesante protesta del genio protector.

Entonces él meditó por un instante y comprendió el significado de su obra. En la gran naturaleza la energía universal actúa armónicamente; pero en la ordenación de los sistemas parciales cada cual conserva su propia capacidad de acción, con marcha y potencia peculiares. La interferencia de sistemas de distinta velocidad tendería a destruirlos, mientras que su natural acción satisface a sus propias necesidades. Renunció al ensueño de sus triunfos, y hallando en su alma la satisfacción de su obra en el ejercicio de sus propias facultades, continuó su tarea sin cuidarse del tiempo en que los hombres quisieran venir a aprovecharla, feliz de sí mismo, en su obra y en su fe.

# APOLOGO
# DE LA HISTORIA

XXI

MARGARITA había muerto ya. Una sombra de indecisión pasó por el alma del doctor Fausto, como un signo de cansancio, e invenciblemente volvió a sus antiguas meditaciones. Apoyó su codo sobre el alféizar de la ventana, y en el cuenco de la mano colocó su barba en actitud de larga meditación, mirando con las pupilas quietas al cielo y al mar, al inquieto mar del hombre y al quieto azul del infinito mar.

La ciencia que había abandonado en el instante mismo en que se reveló a su conciencia la necesidad de una retribución personal a las actividades efectivas de su sér, de una gratificación compensadora de afanes y realizadora de una finalidad propia, real y palpitante, como brazos que enlazan amorosos nuestro cuello y labios rosados de amor que besan con estremecimientos de suprema felicidad. La ciencia. . . . ¡Imposible ya! Un frío desaliento, una instintiva persuasión de su poquedad ante los afanes y ambiciones del espíritu humano paralizaron instantáneamente su pensamiento.

El amor quizá. Quizá él, con el halago indeficiente de sus renovaciones. El. . . . Leve bruma de tristeza envolvió su alma con un

recuerdo de inevitables infortunios, de marchitez y desolación inevitables.

Por un instante el espíritu desolado del doctor Fausto vagó en el vacío de la desorientación. ¿No habría nada al fin fundamental e imperecedero en la existencia humana?

—¡Oh fuerza de mi espíritu, exclamó, líbrame de esta indeterminación y vaguedad desoladoras!

Y Mefistófeles, apareciendo entre las sombras de su estancia, replicóle: ¿Quieres más, acaso, señor?

—¡Apártate de mi, pobre mentecato! dijo el doctor Fausto, con amargo desprecio. Disipóse el hechizo de tu presencia. Ahora comprendo ya quién eres tú. ¿Tú la condenación final? ¿Tú el cansancio de las saciedades? ¿ Tú el déspota que incita y desilusiona? ¿Tú el pecado, el placer, la ambición y el desencanto? Nada puedes contra mí ahora. Me has dejado solo un instante y en ese leve instante de mi vida, elevé mi alma por encima de mi propia personalidad. Voy a mirar a lo infinito ya, cara a cara, sin la minúscula precisión de las ciencias, sin la instabilidad de



las emociones, el espíritu y el arcano frente a frente en la simplicidad inefable de sus relaciones. ¡Oh fuerza de mi espíritu, repitió, ilumíname el pasado del hombre!

Y sus ojos abiertos ante el cielo y el mar vieron delinearse allá en el horizonte, a la manera de los espejismos del desierto, los cuadros sucesivos de la historia humana.

De la gruta pleistocena, macizo y duro como un ídolo salvaje, fue surgiendo el hombre mediterráneo del último período interglacial. Su faz cuadrada en que la frente del pensar se subordinaba aún a los maxilares vigorosos del apetito, era ruda bajo el gesto inmóvil de una indeterminación de funciones fisonómicas. Sus ojos diminutos inquirían en torno la vista de una fácil presa, y alejándose, apoyado en el báculo tosco que labró con silice, vigilaba a hurtadillas la entrada de su caverna, no fuese que enemigo voraz acechara su hembra y su prole. Cazó, con paciente ardid, una liebre descuidada de los campos y un ciervo cuyo lugar de siesta sospechó. Y vuelto a su morada, soasó apenas en el rescoldo de un fuego desentrañado a fric-

ción de los pinos resinosos, la carne fresca de su víctima; y luégo de saciar su apetito ensayó a sonreír con tosca risa ante el dibujo de un reno que trazaba sobre las rocas uno de sus hijos. Medio adormecido ya entornó sus ojos y vio con una mágica visión espiritual, que ya construía, praderas y ríos, ciervos hermosos y dormidas liebres, y un lejano, quieto y misterioso azul. . . . Leve ruido exterior estremeció toda su recia contextura, y con mirar huraño, esquivo y certero se encaminó armado de su hacha en ronda militar, hasta que, convencido de estar libre de acechanzas, retornó a su caverna y ensayó entre afectuoso y rudo, lo que con el tiempo sería la delicada caricia de besar.

El espejismo, allá en el horizonte, se fue apagando lentamente, y el doctor Fausto exclamó emocionado: ¡Quiero ver más aún!

Y cual una visión de externas realidades, los muros de Atenas aparecieron en el lejano horizonte. Ordenados escuadrones marchaban con paso altivo, lanza en ristre y contra el pecho el escudo protector, en busca de las huestes enemigas de la urbe. Allá, en



lo alto de la sagrada colina sacrificios propiciatorios invocaban el auxilio de Atena, protectora inmortal; y en la plaza pública Demóstenes recontaba las glorias de la patria y enardecía todos los corazones. Los monumentos, los jardines particulares, las estatuas de los dioses expresaban la fisonomía idealizada del tipo racial; y sus leyes, su filosofía y los poemas de su gloriosa literatura eran también el retrato del alma de la raza. La ciudad y la tribu se compenetraban absolutamente, y el advenimiento de remotas generaciones por venir sería iluminado por el mismo fuego que iluminó la faz de las remotas generaciones del pasado. Bajo la protección de unos mismos dioses alimentarían a unos mismos manes y proveerían por la conservación sin mezcla ni desdoro de una misma eterna tribu, cuyos dioses, tierra y fuego tan propios eran como su sangre o su espíritu.

Ante ese cuadro sonrió amablemente el doctor Fausto, como quien perdona la ingenuidad en pago de la gracia y la belleza.

Pero queriendo mirar de nuevo, hallóse ante un mundo diferente. Sobre el lejano hori-

zonte dilatábanse los imperios, se delimitaban las fronteras de las nacionalidades, y el hombre culto de los tiempos contemporáneos mostróse feliz en medio de la industria, la ciencia y el placer. El concepto de Dios se había universalizado ya, y las religiones se vieron privadas de entusiasmo conquistador; la industria pasó del hogar, y de rutina heredada de generación en generación hízose factoría inmensa de comercio mundial; las ciencias y las artes dejaron de ser patrimonio de una región y gloria de una tribu para servir y enorgullecer a la humanidad entera.

Era un mundo de sutilezas intelectuales y de refinamiento sensual, igualitario y altivo, con poquísima preocupación de los problemas supremos y una máxima habilidad para resolver las menudas aspiraciones del apetito cotidiano. Pero en el fondo de ese mundo, al parecer despreocupado, palpitaba aún el viejo sentimentalismo de la tribu arcaica, en la fórmula al parecer más amplia ya de las nacionalidades. El doctor Fausto miró con gesto despectivo el afán de trazar fronteras, de excluirse aún los unos a los otros y tratarse por lo bajo como en el mundo anterior de inferiores e impuros, así fuesen hermanas tribus ayer no más. Raza y nacionalidad, uno que otro hábito diferenciado con que se revestían idénticas pasiones, eran el trípode deteriorado bajo el brillo de los barnices sobre que se ostentaba ufanamente la humanidad. El doctor Fausto se estremeció de pánico al ver el inminente fracaso de ese mundo, y apartó de él la mirada, temeroso de asistir a un derrumbamiento irreparable.



Cuando volvió a mirar, el horizonte apareció suavemente iluminado. El mundo presentaba una inexplicable combinación. En su primera etapa, en la aurora de la mentalidad humana había sido un mundo doméstico, aislado defensor de la familia. En su segunda etapa, la urbe simbolizó la defensa de la tribu. En su tercera etapa, la raza buscó defensa en la nacionalidad. Este mundo de ahora tenía algo de todo aquello: domus, urbe y nacionalidad. Pero no en defensa de la tribu, ni de la raza, ni en defensa, inútil ya, de la familia. Era un mundo nuevo de cooperación universal para la protección del espíri-

tu. Domus, urbe y nacionalidad servían sólo a la armónica distribución de la actividad humana. La vida individual era el nodo de esa civilización. Hacerla feliz, larga si posible, vigorosa, ardiente, con todas las virtudes y pasiones encadenadas a servirle sin deteriorarla inútilmente. Con una moral que se basaba en la higiene con respecto a sí mismo y en el acatamiento de la libertad con respecto al prójimo. Con una religión individual directamente de corazón a infinito. Con la ciencia, el arte y la industria sin gritos angustiosos de dominación, de combate airado, eficientes al amparo de las fuerzas de la naturaleza utilizadas de manera más eficaz aún.

El doctor Fausto no se saciaba de mirar a ese mundo porvenir, extasiado, sublimado de contento, de orgullo de ser hombre, de esperanzas de gozar mejor aún. —Voy a él, se dijo con violenta agitación, y quiso levantarse. Pero la mano crispada del Destino lo contuvo en ese instante y la voz solemne del Destino exclamó:

—¡Háse terminado tu tarea; repósa para siempre ya!



Y el doctor Fausto volviendo a él los ojos sin espanto ni vacilación siquiera, replicó: Devuélveme ahora a los arcanos: mi espíritu entendió cuanto es dable, y te sonríe, ¡oh Ciego Conductor!

# APOLOGO
# DE LA MUERTE

## XXII

¡Oh Latmos misteriosa, «tierra del olvido»!...

CUENTAN que una vez, avanzada ya la noche, se paseaba a solas el Emperador Carlos V en uno de sus castillos de Alemania. Y que viendo interiormente su grandeza, la gloria de sus armas, la gloria de su nombre y su inmenso poderío, y recordando sus hazañas, sus amores y sus triunfos, sintió una muy grande alegría de vivir y un orgullo inmenso de su vida, sintióse cerca de lo infinito y tuvo un loco deseo de la eternidad. El muy grande y muy noble Emperador paseábase de un extremo a otro del recinto, con el recio andar de su fornida corpulencia, e irradiando entusiasmo de sus ojos y sonriendo a medias con sus labios de marcada sensualidad, pensaba con altivez en su pasado, se gozaba en su presente y quería en su fervor que detuviese el tiempo su carrera para disfrutarlo así por toda una eternidad.

Así meditaba el vigoroso Emperador cuando, con gran sorpresa suya, llegóse a su presencia un desconocido. Sin previa introducción, sin saludar siquiera, lo miró con enig-

mática mirada, y tomando parte de su oculto pensamiento le dijo:

—¿Deseáis la eternidad, oh Grande Emperador?

Mudo de sorpresa, Carlos V no sabía cómo adivinaba su pensamiento ese misterioso peregrino, y sólo pudo replicarle:

—¿Quién sois?

—¿Acaso yo lo sé? Vago hace siglos por el mundo en busca de la muerte.

—¿Os burláis de mí, exclamó de nuevo Carlos V, de mí, el más grande Emperador?

—Bien quisiera, respondió el misterioso personaje, no burlarme de vos, ni de mí, ni de sér alguno. —¿Pero es cierto que deseáis la eternidad?

—¿Cómo os llamáis siquiera, extraño inquisidor?

—Longevo es mi nombre. —¿Es cierto que deseáis la eternidad?

—¿Y qué os mueve a inquirir con tánto empeño mi oculto pensamiento?

—¡Ah! Señor, dijo entusiasmándose el extraño visitante. Há siglos que me agito en la existencia y sólo lograré dejarla cuando alguien la acepte en mi lugar, cuando alguien se resigne en mi nombre a no morir. —¿Es cierto que deseáis la eternidad?



El astuto Emperador vaciló por un instante, y luégo, ya a punto de aceptar la oferta mágica del extraño peregrino, quiso conocer más a fondo aún su pensamiento. —¿Y cuál es el fin, le dijo entonces, de la existencia humana? ¿Por qué tan ansiosamente deseáis morir?

Y Longevo se agitó con verdadero dolor, y paseándose de un extremo a otro del recinto con inquietud febricitante, más que con palabras, con gesto dolorido, con mirada de inenarrable angustia y ademán de loco habló así al estupefacto Emperador:

—No sé cuándo nací: yo sólo sé que hace siglos vago por el mundo en la inmensa soledad, en la inmensa desolación de mi alma. Felices vosotros que vivís la duración normal de vuestra vida. —Grande Emperador, ¿queréis mi eternidad? No sé qué os diera a cambio de morir. La existencia humana es el trámite de una generación a otra, del acto que nos concibe al acto que nos reproduce,

y nada más. Pero en ese corto instante que limita la existencia fisiológica animal, cadena misteriosa de la especie, el alma humana aprehende el Universo, lo copia y espiritualiza con tanta lucidez como potentes son sus facultades. De ahí en adelante palidece la vida. Cumplido el ciclo generador, el sér humano tórnase ente inexpresivo, adjetivo y estorboso, sin ilusión personal. Y cumplida la espiritualización del Universo, nada tiene ya aliciente, novedad ni encanto para su espíritu. Es, ¡oh Grande Emperador!, como un jugo saturado, al cual ya no se compenetra nada, en el cual pararon ya todas las benéficas fermentaciones: es el estancamiento de lo inerte con la consciencia de su atediante monotonía. Yo vago por el mundo, por vuestro mundo, y ya nada entiendo. Mi mundo hace siglos que murió. Los que fueron mis afectos, mis queridas verdades, mi fe misma y mis hábitos aún, todo desapareció y nada nuevo entra a mi espíritu ahora. Los hijos de mi sangre, no me reconocen, ni mis obras me pertenecen ya, diluídas en el común haber. ¡Oh! Señor Emperador, ¿queréis mi eternidad?



—¿Y qué buscáis en la muerte, Longevo peregrino?

—¿Lo sé yo acaso, señor? Muchas veces en la angustia de mi vida inextinguible he fijado mis pupilas en los ojos nublados de los agonizantes, he tocado el cuerpo inerte de los que dejaron de vivir, por ver si me revelan el destino de la consciencia humana. He vagado en el misterio de la noche por el misterio de los camposantos, he consultado los rotos pergaminos de la historia antigua y he invocado las fantasías presagiosas de los nigromantes, y nada sé, Señor, del reino de la muerte. Del arcano de los mundos surgió una vez la vida y al arcano de los mundos nos conduce otra vez la muerte. Yo no sé más, Señor. Mas escuchad el recóndito pensamiento que surgió en mí tras siglos de angustiada meditación: allá de donde nos viene la consciencia, símbolo indescifrable de lo divino arcano y quizá su mudo mensajero, hemos de volver. Haya una consciencia universal en ese arcano mundo o sea la nuestra el devenir de esa consciencia universal, vamos a la muerte, a poseerla o a

contribuir a su augusta evolución. La consciencia individual es un fenómeno superior al sér individual. Grande Emperador, puede ser el fenómeno del sér universal. A él nos conduce la muerte. ¿Comprendéis ahora el por qué de mi afán, la angustia de la vida de Longevo?

Y el Grande Emperador Carlos V nada respondió. Oyó con atento oído el tic tac de sus relojes, vio con interés inextinguible el paso del agua en las clepsidras, y dejó partir a Longevo atormentado. Lo dejó partir, y a poco más dispuso de todos sus haberes, renunció a las empresas hazañosas, al imperio sin noche de sus vastos dominios, al halago de amor de sus rubias cortesanas, y misterioso en la historia de los reyes, tocado de la angustia de Longevo, fuese al claustro vetusto a esperar enigmático la epifanía de la muerte. Y ahí en el Yuste siguió con atento oído el tic tac de sus relojes, vio con inusitado interés el paso del agua en las clepsidras, extrañamente enamorado de la muerte, y temeroso de Longevo, Carlos V, el muy Grande Emperador.

# APOLOGO DE LA SUPREMA SERENIDAD

## XXIII

At last, at close of some fierce, bloody strife
¡Oh God above! when painful comes the breath.
Grant me this last, this crowning joy of life
To laugh at death.

MARCO fue como una misteriosa aparición en mi vida. Un día de esos llegó silenciosamente a la aldea en que le conocí, llevado, según sus palabras, del deseo de descansar un poco. Desde los primeros instantes impresionó mi imaginación, porque me parecía que hablara y obrara PARA SIEMPRE: que hasta sus más fugaces pensamientos tenían un no sé qué definitivo ya. Con tal delicadeza rehuía el comentario de su vida pasada, que a punto fijo no sé cuántos años tuviera entonces, pareciéndome, eso sí, prematuras sus canas con relación a su espíritu, siempre sensato y alerta.

Maestro le llamaba yo a veces, y fue la única alabanza que aceptó agradecido.—Porque lo soy de mis flaquezas—anotaba sonriendo.

Hablámos sobre todas las cosas y los problemas del mundo. Había él formado sus juicios ya, y me era instructivo y deleitoso oírle opinar de aquella su manera reposada y PARA SIEMPRE. Y me escuchaba a mí sin em-

bargo, de un modo qne no podré olvidar ya nunca: así dijese yo una gran verdad o una tontería, quedábase mirándome con la mirada quieta escrutadora de quien otea la apagada lejanía. Y ya fuese en su favor o en contra suya escuchaba mis palabras con la más hermosa atención de que tengo yo experiencia personal. Parecia buscar en los discursos la idea nada más, o la emoción, o la armonia, según las circunstancias, con una maravillosa serenidad que me desconcertaba y a un mismo tiempo, seductora, me atraía.

Y no eran las ideas solamente las que reclamaban su atención; tenía una tan suave manera de adjetivar la luz y los colores, la armonia de la fuerza y esbeltez de los seres animados y de la vida en general, que, a veces tuve la ilusión de que fuese un místico de la naturaleza, un sacerdote de un nuevo culto evocador, de un culto de la vida arcana universal.

Hablámos de la Historia un día y me dijo sentenciosamente: —Como los hombres que vivimos apenas lo indispensable para formarnos un juicio de la vida, así las razas viven



lo que es preciso para que formen su criterio acerca del mundo, según su clarovidencia y sensibilidad.

Y luégo, como lógica extensión de su pensamiento, me dijo del porvenir: —Por eso creo que la humanidad durará lo indispensable para interpretar el arcano universal, o siquiera el arcano de la consciencia y de la vida. Pasado este ciclo de progreso industrial vendrá uno de progreso espiritual: entonces hallarán los hombres el sentido embrionario aun de una comunicación sin símbolos ni palabra, de una intercomunicación emocional. De ahí pasarán a descifrar la vida y avanzarán en el sendero de definir el principio y el fin del sér universal, y quizá del por qué de su obra y de su esencia.

Una de aquellas veces me recibió con extraña sonrisa; apacible fue, mas no sé cómo expresaba también lo que dejaba indefinible su silencio.

—Amigo mío, exclamó entonces: mi fin se acerca ya. Vine a estos lugares por morir desconocido y olvidado, por morir serenamente. Serenidad, serenidad suprema, anhelo de

los griegos pensadores, hé ahí la verdadera eutanasia del hombre!

—Señor, le dije yo a mi vez, ¿cómo pretende usted convencerme de que ha de morir tan pronto, tan lleno todavía de vigor?

—Mi mal se ha acercado a mí lentamente: Yo le he visto socavar mi vida paso a paso. Y ante la sevicia de la muerte que me ataca a plena consciencia de su acecho, paso a paso, cuando yo la deseaba fulminante y de un solo golpe, como matan los felinos del desierto y el rayo de las tempestades, mi alma la aceptó arrogante y muda, y la retó, paso a paso, concentrada en una suprema serenidad. Voy a morir ahora. ¿Acaso no será lo mismo que mañana?. . . . Amigo mío, le debo una suprema lección: áme la vida tan bella, consciente y creadora como quepa en su alma, pero vénza sobre todo los gritos de dolor y sonria sereno ante la muerte. . . .

Y luégo, parafraseando una estrofa de Nietzsche, exclamó con apagada dulzura:

Serenidad, serenidad suprema,
Ataraxia de Atenas pensadora,
Vén, pues, vén a mi pecho.

# APOLOGO DE LA GLORIA

## XXIV

MUELLEMENTE recostados en un par de sillas de mimbre que adornaban el amplio corredor, Marco y yo dejábamos correr las horas meridianas en lecturas de grata amenidad.

De pronto me dijo él interrumpiéndome:

—¿No es verdad que los hombres no han entendido aún el significado de la Gloria?

Luégo se quedó mirando hacia un nardo florecido de níveas flores que se alzaba en el jardín, muy cerca del surtidor y enfrente de nosotros. Habíale él sembrado, juntamente con aromosos jazmines de la India, malvarrosas elegantes y palmas erguidas entre ababoles y verbenas. Suyo era y lo amaba. . . . Y mientras él permanecía silencioso contemplándolo, el libro de Luciano de Samosata que tenía yo entre mis manos, descansaba a medio cerrar sobre la silla.

—Verdad, repitió, volviendo a poco más en sí, ¿verdad que los hombres nada saben todavía de la gloria?

—¿Ese pobre Peregrino de quien tánto se burla el cruel Luciano, porque se dejó quemar tontamente en la hoguera de Arpine, no es acaso el reverso mismo de Eróstato el loco que prendió fuego sacrílego al famoso tem-

plo de Diana? Ambos buscaron la gloria de sus nombres: el loco audaz que arrasó los mármoles de Delfos, y el pobre visionario que chamuscó sus carnes para enseñar a los hombres que el fuego determina la apoteosis; y ninguno halló gloria en sus hechos: la fama del templo de Illitia divulga aún el nombre de Eróstato y la carcajada de Luciano repite todavía el nombre de Peregrino; pero nada engendraron los dos que pudiéramos conceptuar glorioso. . . .

—Es preciso, repliqué yo, que el hombre realice una obra grande para alcanzar la gloria.

—Y sin embargo, añadió Marco lentamente: ¿Recuerda usted cuando leímos una vez que en Egipto hubo un sabio cuya obra adoctrinó a las generaciones futuras, sin que sepamos ya de él ni el nombre siquiera? Remotas citas hacen pensar en su obra, pero como tántos otros desapareció ya. ¿Fue un símbolo divino acaso? La obra de los hombres se va sumando al fin con los hechos naturales. Hasta los grandes conquistadores. . . . De Sesostris quedan por el mundo, dispersas ya y rotas, unas cuantas columnas, que son apenas vaga evocación. Nada queda a veces de los hombres sino un incierto apelativo transformado por el tiempo, sin memoria ni imagen personal. . . .



—Verdad es, dije entonces: como la fama, la gloria verdadera es engañosa también.

—Mas quizá no es así, añadió Marco, pensando más y más lentamente: quizá no sea así. ¿Qué quiere usted? Somos una energía potencial individualizada en el espacio y en el tiempo. La esencia misma de esa potencialidad es manifestarse, ser como ente y como acción. Ninguna satisfacción iguala a la de cumplir nuestras aspiraciones, y ninguna aspiración es superior a la de nuestros propios destinos. Obrar es, pues, lógicamente el fin de nuestra existencia, y mayor placer se deriva de la obra más grande y eficaz. ¿No ve usted? Este es el fundamento de la gloria, y ésta también su retribución primordial: el fundamento subjetivo de ser más por la íntima satisfacción de serlo, . . .

—Pero señor, dije a mi vez, ¿acaso podríamos llamar gloria a esa oculta e íntima satisfacción?

—Ciertamente, replicó Marco; aunque por gloria entendemos un elemento sólo objetivo aún: De ahí que le dijera antes que los hombres nada sabemos todavía de la gloria. . . . Oiga usted: Toda realización de nuestras aspiraciones que se efectúa fuéra de nosotros nos causa admiración. Al ver coronada por otro una obra que nos entusiasma por propia inclinación a realizarla nosotros mismos, aplaudimos con fervor: de aquí procede ese elemento objetivo de la gloria que llamamos fama, y que es como su sombra nada más.

—Maestro, insinué yo ahora: ¿No cree usted un poco egoista su concepto de la gloria humana?

Y él, sonriendo en apacible meditación, me respondió:

—Déjeme usted pensar: ¿Es que realmente el concepto de egoismo añade o quita alguna cosa a las ideas? Déjeme usted pensar. . . . Se me aparece allá en lo nebuloso de las asociaciones imprecisas un concepto más sugestivo todavía: Crear es devolver a la Naturaleza la energía que nos prestó. Crear noblemente es devolver noblemente a la Naturaleza las capacidades conscientes de que nos ha dotado. Es objetivar la energía interior imprimiendo modificaciones definitivas en nuestro mundo ambiente. Dar es lo contrario de egoismo, y crear es la máxima de las donaciones. La gloria humana es la complacencia íntima que da el crear; y la fama que determina una creación es su compañera accidental solamente. . . . y su compensación objetiva, si así lo quiere usted.



Marco continuó mirando hacia el nardo florecido. Una ráfaga de viento agitó las hojas del jardín y trajo a nosotros el hálito tibio de la asoleada vegetación. La quietud maravillosa del medio dia se hermanaba con el infinito azul, limpio a esa hora y luminoso. Como una sugestión del misterio universal, el agua del surtidor se hizo perceptible a nuestro oído y desapareció luégo con el viento. Marco y yo nos mirámos sorprendidos del encanto de esa hora, y él expresó su pensamiento:

—Grande es el misterio de esta vida universal, pero más grande aún el de la consciencia humana. . . .

Y se quedó mirando al cielo, largamente, como si hubiera adivinado entonces que esa era la última vez que le veía.

# APOLOGO DE LA SUPREMA EVOCACION

XXV

EL indomable Marco irguió levemente su cabeza en la almohada, y con no sé qué de extraño en los ojos moribundos, me dijo:

—Ya pronto callará definitivamente este pobre pensamiento que tánto divagó. No quedan en torno mío en mi hora suprema seres de mi sangre que lloren mi partida. Así lo temía y lo anhelaba. . . . Temí la cobardía en esta hora que se acerca ya, anhelaba pasar desconocido y solo por la vida.

¡Pasar solo por la vida! Esta soledad la sentí punzante algunas veces, aun en medio de arrebatadas emociones de amor y de amistad, y quise que fuese cierta en mi alma y en mi mundo.

¡Pasar solo por la vida! . . . Yo no sé si fue que vi o que soñé: sobre la más alta cumbre de la tierra vivía solitario el último dios. A su paso derretíase la nieve y surgían arroyuelos, y de la roca se alzaba la verdura de la vegetación modelando plácidas colinas; a su vista el águila real bajaba de los cielos oteando con su mirar de plano, y los ciervos de arbolada cornamenta erguían mansamente su cuello sobre los altos riscos. Pero sus ojos que habían medido el infinito, vagaban en-

tristecidos mirando los espacios estelares, y su mente, que abarcara todas las formas de lo absoluto y eterno, agotada ya, enmudecía. La curva majestuosa que describe el sol sobre la envoltura de la tierra no le emocionaba, después de haberla visto repetirse por milenios y siglos de edades. El bullir de la vida en incesante rotación pareciale monótono; el suave rodar de la fuente cristalina, las praderas inmensas, el azul misterioso de las cimas lejanas, el azul tembloroso de los mares y el quieto azul del cielo, todo le era inexpresivo, cansado, invariable: el impasible dios, sin aliciente ya, no hallaba en el mundo nada capaz de sugerirle una emoción ni un ensueño.

Agobiada de fastidio la sabiduría infinita del último dios, buscó en sí una fuente de consolaciones: se contempló a sí misma por siglos de siglos. Mas hé aquí que un día su sér maravilloso se conoció tánto, que su mente, desprovista de novedad, fue apagándose en un largo sopor; y sobre la más alta cumbre de la tierra el último dios vivió sin ideas ni deseos. Era el Nirvana que se apoderaba de él y le rendía poco a poco.



Entonces la esencia misma de su divinidad se rebeló con los últimos restos de su voluntad imperativa, y midiendo de nuevo el infinito, desechó toda forma y todo pensamiento particulares; y ensanchándose, difundiéndose, cubrió todos los espacios, trascendió las lindes del universo, creció más allá de las regiones de lo arcano y sin cesar dilatóse hasta esfumarse totalmente. . . .

Así desapareció, nostálgico y suicida, el último dios que habitó sobre la tierra. Pero, indestructible, la esencia divina penetró con la solución de su personalidad todos los seres del mundo; y de entonces acá cada uno de esos seres tomó un valor por sí mismo y un significado a la vez universal. . . .

Los ojos de Marco se hundieron más aún, y con un vago rictus de dulzura en los labios moribundos, añadió: por esto puse amor en el universo todo y en cada una de sus partes, aun lo más pequeño, lo fugaz, lo que se apaga.

L
C864.3
L864

Biblioteca
Universidad Eafit
6 2000 00103381 6

EL TALLER
Carlos Quijano
Tel. 291 00
07 NOV 2003